

La Ilustración Artística

Año XXVIII

← BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1909 →

Núm. 1.423

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VOTO, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

ADVERTENCIA

Con el último número hemos repartido á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer volumen de la serie del presente año, que es el primer tomo de la preciosa novela de Selgas

DEUDA DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

ilustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Semana Santa. La abuela. El nieto*, por Enrique Lavedán. — *Pinturas religiosas de Gebhardt*. — *La expedición inglesa al Polo Antártico*. — *El canal de riego de la izquierda del Ebro*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajeáez*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *París. Huelga de los empleados de Correos y Telégrafos*.
Grabados. — *El voto*, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila. — *Siempre estoy con vosotros*, cuadro de Willy Spatz. — *La resurrección de Lázaro*, cuadro de Eduardo de Gebhardt. — *Cristo atado á la columna*, cuadro de A. Fabrés. — *El teniente E. H. Shackleton*. — *Croquis de la expedición inglesa al Polo Antártico*. — *El «Nimrod» barco en que se ha efectuado la expedición*. — *El canal de la izquierda del Ebro*. — *El sermón de la montaña*. — *El bautismo en el Jordán*, obras de E. de Gebhardt. — *D. Francisco González de Guinán*. — *D. José Alemany y Bolufer*. — *El príncipe Jorge de Servia*. — Cinco reproducciones fotográficas de retratos de huelguistas y de vistas de la huelga de los empleados de Correos y Telégrafos en París. — *Barcelona. El Parque de Sports. Carreras de bicicletas*. — *Vista de una parte de la pista y de las tribunas de dicho Parque*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La costumbre española de celebrar los días de los santos — y no el cumpleaños, como en el extranjero, — es una de las pocas que no cambian ni llevan trazas de perderse. En Madrid, los días de santo (afuera lo de «fiesta onomástica») son solemnidades, lo mismo en las clases humildes que en las encumbradas y ricas. Y en especial, hay un santo que tiene fama de ser el de todo el mundo: San José.

He oído hacer una observación, sin embargo: la de que este nombre castizo cada día lo llevan menos españoles. «Han disminuido los Pepes,» decíame una muchacha. ¿Por qué han disminuido los Pepes? ¿Será un efecto de la tendencia individualista, del afán de distinguirse, que preside hasta al sacramento del bautismo? ¿Será porque llamarse Pepe equivale á no llamarse nada? ¿Será porque el nombre de Pepe es confianzudo, vulgar, sin romanticismos, á pesar de haberlo llevado aquel gran romántico de Pepe Espronceda? ¿Será que hay ahora menos devotos del esposo de la Virgen que cuando se admiraba á Murillo más que á Velázquez? — Murillo es el pintor josefino por excelencia. — ¿Será que todo lo genuinamente nacional se va, se disipa?

En primer lugar, yo no sé hasta qué punto es nombre muy genuino el de José. En la Edad media no hay Josés: se diría que el dulce y bondadoso carpintero de la regia estirpe de David no poseía entonces la aureola de celebridad que llegó á tener cuando el arte se apoderó de su figura y la trasladó al lienzo y la talló en madera. Los pintores del siglo xv empezaron á familiarizar á la cristiandad con San José. Las Sacras Familias son un asunto del Renacimiento, que no abunda en las tablas góticas, donde en cambio predominan las Anunciaciones, las Adoraciones de los Magos, las Crucifixiones. Rafael, Julio Romano, dan ya á San José un puesto preferente, y á su rostro esa expresión grave, conmovida ante el misterio, que llega á lo sublime de la dulzura y del amor cuando tiene en brazos al Niño. Y entonces principia á imponerse con más frecuencia el nombre de José. En el siglo xviii este nombre triunfa. Se llaman Josés los próceres, los estadistas, los generales, hasta los reyes. Se llaman Josefás las mujeres hermosas, las seductoras; ó por mejor decir, se llaman Pepitas. Nombre picaresco y amanolado, que la novela consagró definitivamente en una obra maestra, *Pepita Jiménez*, y que huele á azahar y á rosas andaluzas.

Y el nombre clásico y neto decae. Va anticuándose. En esto de los nombres actúan las mismas sutiles influencias que modifican toda la mecánica social. Los nombres se parecen á los tiempos. Notad qué sabor caballeresco ó truhanesco tienen ciertos nombres de los siglos de caballería y truhanería; reparad cómo el Renacimiento aporta sus nombres de sabor propio, inconfundible; ved qué sello peculiar da á los nombres la Edad moderna, y cómo ahora que, en pintoresca confusión, se vive de todas las épocas y

se cultiva todo género de sentimentalidades, hasta las que parecen pertenecer al pasado, vuelven los nombres de antaño, y á veces se marca con ellos una huella de ridiculidad é inadaptación en la frente de un niño que será un hombre á la moderna.

Figuraos ahora un Tristán, un Sigfredo... Figuraos un Leonelo, un Hernán. Nombres de paladines, de guerreros, de héroes, que debieran guardarse en el estuche de la memoria como se guarda la joya demasiado esplendente para usada á diario por la calle. ¡Qué sello tan difícil de ostentar imprimen en las personalidades actuales! ¡Qué tino y cuidado deben presidir á la elección de un nombre, para que sea adecuado, ni enfático ni pedestre, y sobre todo para que no comprometa á nada, ni dé lugar á equívocos y bromas de mal género!

¡Y cuando se trata de mujeres! Entonces aún se debe pisar más con pies de plomo. Hay nombres femeninos que son un compromiso y una calamidad. Nombres que expresan virtudes y recaen á veces en quien menos puede ostentarlos, verificándose lo que con gracia dice Serra en *Don Tomás*:

«Esta Inocencia y su nombre se están dando de cachetes...»

Hay otros que envuelven la idea de una belleza encantadora, y como es imposible saber si un niño chico va á ser guapo ó feo, pues generalmente todos parecen la misma bolita de carne rojiza, resulta luego en contraste cruel con una figura caricaturesca ó un rostro de esos que son remedio eficaz para las malas tentaciones... Yo he comido Estrellas completamente nubladas, Soles apagados y Rosas mustias. ¡Qué Hortensias se ven por ahí! ¡Qué Margaritas, que ni son perlas ni florecillas campestres! Dios nos libre de un padrino poeta y soñador...

Pudérase también decir mucho de los santos olvidados; de los santos cuyo nombre no se le ocurre á nadie imponer á las criaturas. También los santos tienen su hado. De muchísimos se ignora la existencia, como no sea para soltar la risa cuando se les cita, ó cuando los saineteros aprovechan el efecto cómico de su nombre dándoselo á un personaje bufonesco.

Ahí tenéis, por ejemplo, á San Oroncio, á San Magdegisildo, á San Habacuc, á San Homobono, á San Exuperio, á San Juan ante portam latinam, á San Bertoldo, á Santa Agatónica, á Santa Ninfodora, á Santa Exaltación, á Santa Potamia, á Santa Walde-trudis, á Santa Reparada, á Santa Fandila... ¿A qué seguir expurgando el calendario? Es seguro que no se oírán dos veces al año estos nombres ante las pilas bautismales... En cambio, no vacilo en afirmar que hay nombres eufónicos y preciosos que también están en desuso. No entiendo por qué no se les pone á los niños con más frecuencia Siro, Quinto, Plauto, Tarsicio, Fausto, Druso, Graciano, Marino, Nilo, Pastor, Sergio y otros muchos nombres sencillos, claros, fáciles de pronunciar, que pertenecieron á ilustres mártires y confesores, y hasta reúnen muchos de ellos la condición de tener carácter muy latino. Tampoco sé por qué es caso tan infrecuente que á las niñas se las llame con los bonitos nombres de pila de Glicera, Oliva, Ninfa, Maura, Placidia, Aurea, Coloma (que debe de ser Colomba, paloma), Lilia y Lucrecia... Verdad es que algunos de estos nombres tan lindos son del número de los que comprometen para lo venidero, y gravemente.

Volviendo á los Josés, diré que en las confiterías se practica el culto de este santo casi más que en las iglesias. Entrando en las confiterías de Madrid, se cree uno por un instante transportado á alguna ciudad apacible de provincia, de esas en que hay tiempo y humor de hacer regalos dulces, golosos y encargados de víspera, con detalles de menudo interés y refinamiento. «Que la almendra sea fresquita... Que los huevos hilados abunden... Cuidado, no se tueste demasiado el piñonate... Ponga usted higos de garnición, porque le gustan al señor de los días...» De estos clásicos edificios de almendrado, caramelo y frutas confitadas, pocos se ven en Madrid durante el año, pero salen á relucir el día de San José. Hay aún confiterías del antiguo régimen, donde se rinde culto al cabello de ángel, al alfeñique, á las yemas abri-llantadas y á ciertos dulces cuyos nombres se resiste á escribir la pluma, porque acaso el más correcto de todos ellos sea el de «ombligos de guardia de corps.» En estas confiterías donde se guarda la tradición del siglo xviii, persisten las amazacotadas tartas y ramilletes, con su grajea y sus ninfas de almidón que salen del seno de una rosa muy colorada, artificial. El aspecto del ramillete es cómico, pero tiene mejores obras que trazas: la pasta de almendra y huevo que lo compone es una de esas excelentes recetas de la vieja cocina española, superior á las tortas Moka y á los *gateaux* de Saboya que han venido á relegarla á

las mesas de la clase ínfima. La confitería moderna será más fina, pero es mucho más insulsa. Y además, cuesta doble el dulce de moda. Ya los niños de modesta posición no pueden ir con su perra chica incrustada en la mano de tanto apretarla, á comprar, ilusionados, una yema ó un tocino en una tienda elegante. Les exigirían tres ó cuatro monedas — un dineral. — Y mohinos, resignados, entran en esas confiterías arcaicas, donde la unidad monetaria son los cinco centimitos...

Otros regalos destinados á Pepitas y Pepes van perdiendo también su añeja fisonomía. Ya no se regalan sino chucherías de última moda: cosas que, regularmente, para nada sirven, como no sea para estorbo, al cabo de los dos meses que dura su efímera gracia. Lo que se llama *bibelot* es generalmente el colmo de la inutilidad. Relojes de sobremesa que no rigen; despertadores que se descomponen; cajitas que se desencolan; porcelanas que imitan lastimosamente marcas célebres; ceniceros-maula; «objetos de arte» puramente industriales; prensapapeles que dan la nota sobreaguda del mal gusto — del mal gusto al uso, que es el más molesto; — tinteros en que no cabe tinta ninguna; vades de cartón disfrazado de cuero, y otras baratijas, preferidas para esto de los regalitos, que no parece sino que se buscan *ad hoc* con el fin de que sea preciso echarlos al desván...

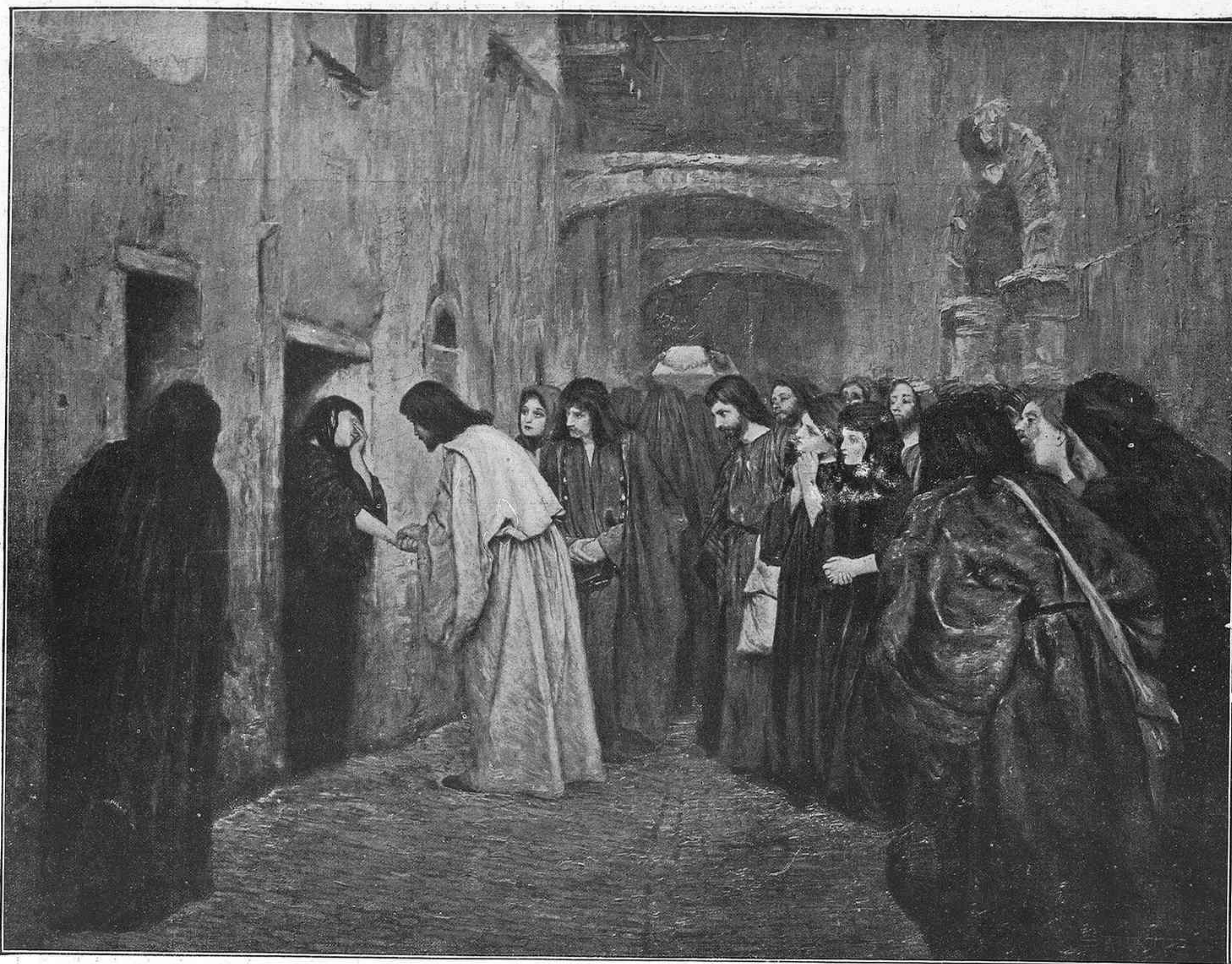
Si el buen sentido — y quizás cierta delicadeza cordial que obliga á pensar en el bien ajeno — presidiese á esta clase de obsequios, se comprarían tales que, por lo menos, pudiesen conservarse gustosamente, ó llenasen una de las infinitas exigencias de *confort*, higiene ó bienestar que impone la vida moderna. Se pensaría además en los gustos, profesión, preferencias del obsequiado, y se tendría el placer de hallar algo que de fijo le agradase. No es raro oír decir terminantemente: «¡Bah! El caso es que el regalo haga buen efecto cuando desenvuelvan los papelitos de seda y desaten las cintas...» que por lo demás...» Pues bien: yo creo que uno de los goces finos del alma es revolver tiendas y rincones en demanda de lo que suponéis que ha de hacer arrojar un grito de placer á una persona querida. Podéis equivocaros, pero el sentimiento que os gufa será siempre verdadero, y la dicha vuestra, el recreo de la imaginación, nadie os lo quitará. La cacería de objetos bonitos, ó útiles, tiene su peculiar encanto, en este Madrid. Se descubren frecuentemente cosas que ni sospechar podíamos, y se tienen felices encuentros donde menos se piensa.

¿Y en qué consistirá que casi nadie incluye entre los objetos regalables en día de santo el libro de lujo? No puede haber nada más culto y amable que el obsequio de un libro, pero de un libro bien adaptado al modo de ser de la persona que lo ha de recibir. Hoy la tipografía, la encuadernación, hacen primores y milagros de baratura, y por veinticinco ó treinta pesetas, que no alcanzan para un mediano *bibelot*, se adquiere un libro realmente hermoso, lleno de grabados — que puede dejarse sobre una mesa, para entretener instructivamente al que lo abra. — En Francia é Inglaterra, el regalo del libro es tan corriente, que ha llegado á ser clásico hacer libros especiales para las estrenas de primero de año. Aquí creo que no reportará gran utilidad este aspecto de la librería.

Otra idea que recomiendo á los que se quiebran los cascos en busca de regalos, es el regalo serial. — ¿Qué quiere decir regalo serial? — Lo explicaré. ¿No tenéis que hacer de esos regalos que se repiten todos los años? Pues si es así, discurrid una cosa oportuna para regalo, y regalad todos los años exactamente la misma. Perderéis el encanto de la sorpresa, pero ganaréis el de la seguridad y la utilidad. Una ó dos cajas de papel timbrado elegante; una ó dos docenas de guantes; una caja de Champagne; una docena de pañuelos con marca rica; un par de cubiertos bien cincelados siempre idénticos; una perla..., son regalos que cubren una necesidad indiscutible, ó representan un lujo, y tiene su poesía y su gracia eso de que la amistad vele para que no os falte papel, ni guantes, ni pañuelos, y para que, al cabo de unos cuantos años, poseáis una surtida colección de cubiertos, un hilito de perlas, una cantidad de tazas de porcelana escogida y artística, ó de grabados de mérito...

El regalo serial es un símbolo de la perseverancia en la amistad, y tiene entre otras ventajas, la de evitar quebraderos de cabeza. Yo lo considero muy simpático, aunque no lo haya practicado nunca, por esta especie de pereza que nos impide realizar lo que tenemos por mejor. Casi nunca nos acordamos de los regalos hasta la víspera de hacerlos. Y de aquí los desaciertos y las prisas. Prevengámoslo todo..., para vivir sosegados.

I. A CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Siempre estoy con vosotros, cuadro de Willy Spatz

SEMANA SANTA

LA ABUELA.—EL NIETO

La abuela está en su cuarto, que da á unos jardines; sentada junto á la ventana, lee un libro con cubiertas de paño negro, y de cuando en cuando interrumpe su lectura para contemplar los gorriones que acuden á picotear las migas de pan que ella les pone en el alféizar todos los días. Entra su nieto con el sombrero puesto.

NIETO.—Buenos días, abuelita.

ABUELA.—¡Hola! ¿Eres tú? Buenos días, muchacho.

NIETO.—¿Cómo, encerrada en tu cuarto con un tiempo tan hermoso?

ABUELA.—¡Oh, no! He salido y ahora mismo he vuelto.

NIETO.—¿Y dónde has estado? Apuesto á que en la iglesia, como siempre.

ABUELA.—Me parece que en Semana Santa...

NIETO.—Santa ó no santa, es el caso que en ella estás siempre. La Semana Santa dura para ti todo el año. ¡Todos los días á la iglesia!

ABUELA.—Ya lo creo; y varias veces al día.

NIETO.—¿Y por qué vas tanto?

ABUELA.—Voy por los que nunca van.

NIETO.—¿Lo dices por mí?

ABUELA.—No, por el nieto de la vecina.

NIETO.—Considerando esto, yo debería ser una perfección, una perla azul; porque una de dos: ó tus oraciones me aprovechan, ó no; si lo primero, debería verse por lo menos exteriormente, ya que por dentro... y si lo segundo...

ABUELA.—Te aprovecharán.

NIETO.—¿Cuándo?

ABUELA.—Más adelante.

NIETO.—¿Cuándo me habré muerto?

ABUELA (*mirándole muy seria*).—Quizás sí.

NIETO.—No estás muy alegre que digamos.

ABUELA.—No tengo empeño en estarlo.

NIETO.—Es verdad; sólo piensas en estar triste.

¡Oh! La religión tiene esto de horrible, que no mueve á la risa.

ABUELA.—Te equivocas; lo que me entristece es tu irreligión, pues la religión sólo alegría me produce.

NIETO.—¿Mi irreligión? En verdad que la religión es cosa para mí indiferente.

ABUELA.—Por desgracia.

NIETO.—¿Preferirías que fuese un ateo furibundo?

ABUELA.—Tal vez lo preferiría; á los furibundos, por lo menos, se les puede convertir, y cuando esto se logra, la conversión es absoluta, al paso que á los otros...

NIETO.—¿Qué quieres, abuelita? Siento en el alma disgustarte, pero hay que tomarme tal como soy; no seré nunca un rebelde ni un blasfemo... No..., no estoy por los extremos.

ABUELA.—No estás por nada.

NIETO.—Es verdad; no tengo fe, no todo el mundo puede tenerla.

ABUELA.—Pero ¿no sientes siquiera el no tenerla?

NIETO.—No.

ABUELA.—¿No lo sientes?

NIETO.—No lo siento.

ABUELA.—Si te preguntasen: «Sólo de ti depende tenerla ó no tenerla; responde ¿qué prefieres?» ¿qué contestarías?

NIETO.—Tomaría el sombrero y me marcharía.

ABUELA.—Pues... empieza por quitártelo.

NIETO.—¡Ah! Dispensa, abuelita. La costumbre... El casino... ¿No me guardas rencor? (*Se descubre.*)

ABUELA.—No. Si sólo tuviese que echarte en cara tu falta de respeto, aún me consideraría muy dichosa. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre Pedro mío!

NIETO.—¡Oh, abuelita! ¡No te pongas así!

ABUELA.—Escúchame.

NIETO.—Te escucho, pero no me riñas.

ABUELA.—Me tienes muy apenada.

NIETO.—Haces mal en entristecerte; ya sabes cuánto te quiero.

ABUELA.—Más te quiero yo. Por esto me gustaría verte...

NIETO.—¿Seguir las huellas de San Luis Gonzaga?

ABUELA.—No.

NIETO.—No lo niegues. ¿Te gustaría que yo fuese devoto, y devoto observante?

ABUELA.—No, por lo menos que lo fueses de repente.

NIETO.—¿Cómo!

ABUELA.—No te pido que te confieses.

NIETO.—Ya me lo pedirías.

ABUELA.—Pero podrías siquiera ir á misa los do-

mingos..., á la que quisieras. ¡Las hay tan cortas! En una palabra, que te vieran en la iglesia.

NIETO.—¡Ya salió aquello! ¡Para que me vieran! ¿De modo que sólo para la gente, para la respetabilidad social, para salvar las apariencias? ¡Valiente modo de entender los deberes religiosos, abuelita!

ABUELA.—A las pobres almas como la tuya no les pido más que aquello que pueden dar; y al fin y al cabo, entiendo que valen más las apariencias que nada. Sí, prefiero un hombre que vaya á la iglesia á uno que no ponga en ella los pies.

NIETO.—¿Aunque ese hombre no rece?

ABUELA.—Aunque no rece.

NIETO.—¿Y aunque en la iglesia piense en otras cosas, en cosas profanas?

ABUELA.—Aun así.

NIETO.—¡Oh! ¿Pero si ofende á Dios?

ABUELA.—Le ofenderá menos que no asistiendo al templo. Por imperfecto que sea, por poco que haga, el acto será meritorio á los ojos de Dios. No puedes figurarte hasta qué punto Dios es tolerante.

NIETO.—Puede serlo; yo soy más exigente que él, desde el punto de vista de mi dignidad humana y de la propia estimación, y no iré á la iglesia hasta el día en que estaré en condiciones de rezar como tú, es decir, perfectamente convencido. Pero mientras continúe siendo como soy, Dios no me tendrá.

ABUELA.—¡No digas estas cosas!

NIETO.—Es que las pienso.

ABUELA.—Pues no las pienses.

NIETO.—Esto se dice muy fácilmente. Además, te lo confieso, todas estas cosas me son indiferentes, pero indiferentes hasta un punto tal que no puedes formarte de ello idea.

ABUELA.—¡Oh, Dios mío!

NIETO.—¡Dios, la vida futura, la inmortalidad del alma, el infierno, el paraíso, el purgatorio, nuestra santa madre la Iglesia, el Santo Padre!... Todas estas son cosas ante las cuales me inclino con respeto, pero en las cuales no pienso una vez al año y de las que prescindo sin remordimientos... No diré que sea yo un dechado de perfecciones y de bondades; pero sí afirmo que no soy malo y que no daño ni disgusto á nadie.

ABUELA.—Me disgustas á mí.

NIETO (*afectuosamente*).—¡Oh, pero tú eres mi

buen abuelita, y contigo nada reza! Además, haga uno lo que haga, a los padres siempre se les disgusta; esta es la vida. Si los padres no tuvieran hijos, gozarían de una felicidad absoluta.

ABUELA.—¿Pero qué hay que hacer para que te conviertas en otro hombre, en un hombre nuevo?

NIETO.—No soy yo quien pueda decírtelo.

ABUELA.—Rezo tanto, que Dios al fin me escuchará.

NIETO.—¿Lo crees así?

ABUELA.—Estoy segura de ello.

NIETO.—Veremos.

ABUELA.—No lo veré yo porque soy demasiado vieja..., á no ser que los muertos..., lo que no es imposible.

NIETO.—Pero en resumen, ¿qué hallas en mí de censurable?

ABUELA.—Que no quieras creer, que no tengas el deseo ó, en su defecto, el remordimiento... ó á lo menos el pesar, un pesar ligero de no tener las creencias de tu abuela. He aquí lo que me apesadumbra.

NIETO.—Mi padre y mi tío no son más cristianos que yo.

ABUELA.—Y bien lo sienten.

NIETO.—¿Cuándo?

ABUELA.—Algunas veces.

NIETO.—No muchas.

ABUELA.—Más de las que te figuras. Preocúpales la razón de la vida, y tu padre, á medida que los años pasan, se inquieta por el porvenir.

NIETO.—Lo que prueba que se hace viejo y que se entristece. Cuando yo tenga sus cincuenta y cinco años, entonces será ocasión de ir á vísporas. Además, á todo el mundo le pasa lo mismo; yo no soy una excepción, soy toda la Francia, el mundo entero. Porque, en suma, querida abuelita, yo no quisiera molestarte ni abusar de mi superioridad, porque te quiero mucho y porque tu fe es tan conmovedora como inofensiva..., pero ¿quieres decirme, aparte de la misa de moda del domingo, la de la una, á quién se ve en las iglesias? A nadie; únicamente á pobres que se calientan en invierno y toman el fresco en verano; cocineras, gentes de ínfima categoría; y siempre mujeres, nunca hombres, ó muy pocos, y aun éstos viejos gotosos, que tienen un pie en la sepultura, hombres que ya no son de este mundo. Recuerdo que las pocas, poquísimas veces en que, huyendo de la lluvia, he entrado en una iglesia, en horas en que no hay misas, sólo he visto á dos ó tres infelices que parecían jugar al escondite detrás de las columnas.

ABUELA.—Porque no has mirado bien; yo siempre he visto mucha gente en las iglesias á todas horas. Date una vuelta por Nuestra Señora de las Victorias y te edificarás. Eres un niño y no dices más que barbaridades. ¿Pretendés ser la Francia entera? ¡Me harías reír, si tuviese ganas, con tu iglesia asilo de los desarrapados y de los tontos! Quisiera que hubieses estado ayer en San Felipe; cierto que había pobres ¡oh, muchos! que se sienten allí en su casa; también había allí cocineros, criados...

NIETO.—¿Qué van á hacer allí?

ABUELA.—Aprender á servirnos, porque tanta paciencia necesitan ellos para soportarnos á nosotros como nosotros para aguantarles á ellos. Pero además había mujeres de todas clases y condiciones, millo-

narias, marquesas, menestralas, enlutadas unas, con trajes de color de rosa otras, sombreros de diez luises y cofias de diez sueldos. Todas aquellas gentes habían pagado su silla para oír al P. Roque, cuyo sermón te habría interesado y quizás enmendado, aunque hagas esa mueca. Y en cuanto á los hombres, que, según tú, no van á la iglesia, también los había, y no pocos, y te quedarías admirado si te los nombrase:

muerte para hablarme de religión; es lo mismo que la carta forzada de los prestidigitadores. Puesta la cuestión en este terreno, nada puedo contestarte. Es como hablar á la gente del desquite y de la bandera; con esto se pone término de repente á cualquier discusión.

ABUELA.—Calla y dame un beso. Eres execrable al fin y al cabo eres mi nieto. ¿Ves ese libro mío cubierto de paño negro, del que tanto te burlas, con su goma y sus estampas que no dejan que se cierre bien?

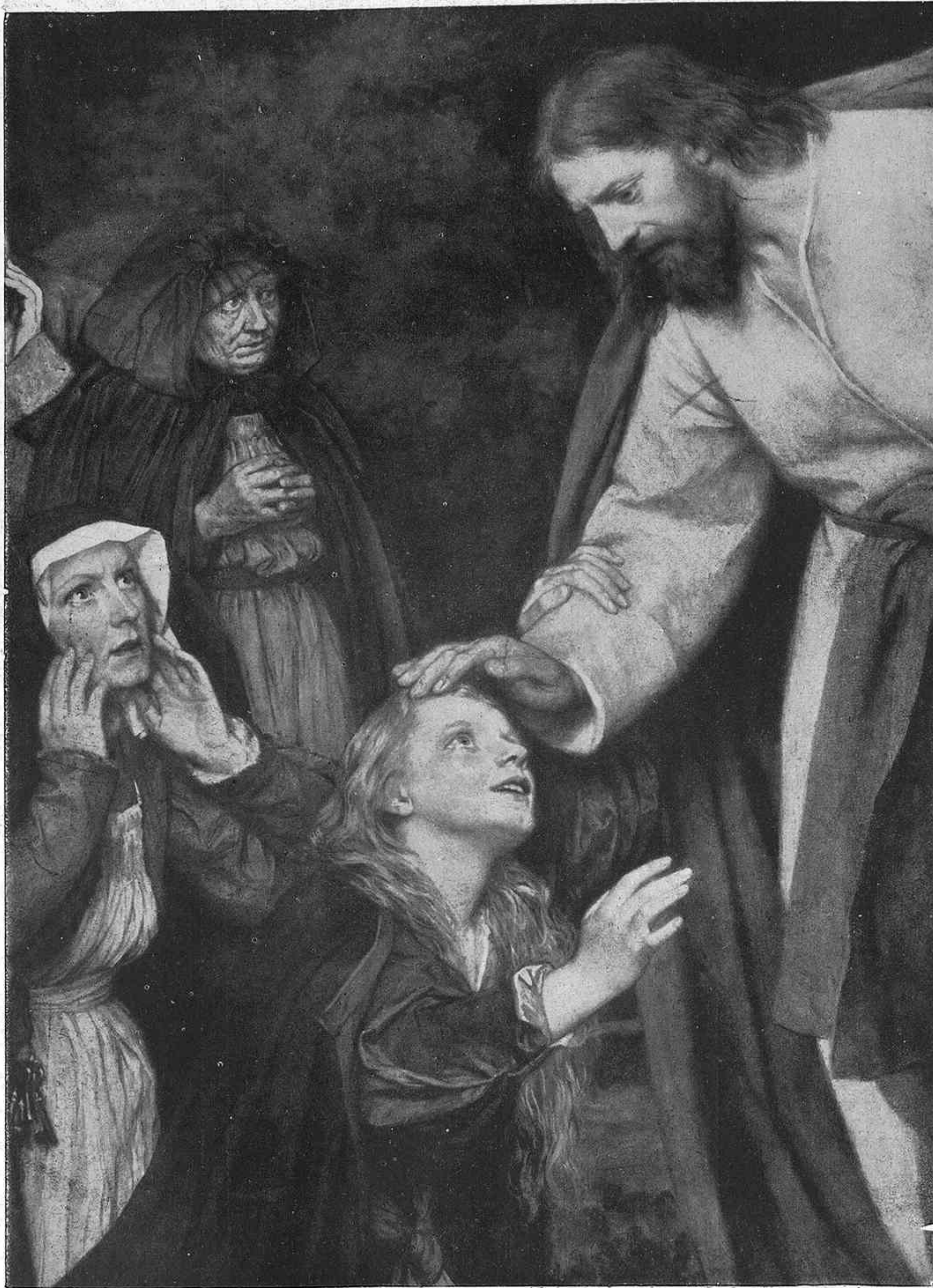
NIETO.—Sí.

ABUELA.—Es mi «Imitación de Jesucristo.» Pues bien, te jugaré una mala pasada; á mi muerte te lo legaré, y tengo la seguridad de que lo guardarás con el mayor cuidado. Y día llegará en que lo leerás; más adelante, cuando seas viejo tú también... Lo leerás llorando; buscarás en vano el sonido de mi voz..., querrás recordar... ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas lamentaciones! Te sentirás invadido por una ola de amargura y ya no estarás á tiempo. Digo mal, si estarás á tiempo, porque para esto siempre se está. ¡Cómo me amarás entonces! ¡Cómo me indemnizarás de lo que me haces sentir ahora! Te compadezco, hijo mío, sólo de pensar cuánto sufrirás por haberme hecho sufrir. Me pedirás perdón, que desde este instante para entonces te concedo. Pero cree que en Francia la gente va todavía á la iglesia, tanto y más que á Folies Bergeres. La iglesia está ahí, con sus puertas abiertas para todo el mundo; es la casa, la habitación, la estancia en donde se refugia el alma dolorida. La iglesia es la mitad, cuando menos, de la patria. ¡Ea, adiós, hijo mío!

ENRIQUE LAVEDÁN.
(de la Academia Francesa.)

PINTURAS RELIGIOSAS

DE GEBHARDT



La resurrección de Lázaro (fragmento), cuadro de Eduardo de Gebhardt

hombres de mundo, políticos, magistrados, senadores, militares, escritores.

NIETO.—Írían como se va al teatro á oír al tenor. ¡La moda!

ABUELA.—No creo que fuese esta la única razón de su presencia allí, porque se quedaron después del sermón para las oraciones finales y la bendición. Si hubieses estado allí te habrías sorprendido de ver cómo hacían la señal de la cruz manos que estrechas en las carreras de caballos y en los teatros. Todo el mundo va á la iglesia, pobre niño mío, en un momento dado; cada cual tiene su hora marcada en el «despertador» y que suena más ó menos tarde. También tú irás pronto á la parroquia; te lo predigo.

NIETO.—No lo creas.

ABUELA.—Sí, y más pronto de lo que te imaginas.

NIETO.—¿Quién me obligará á ello?

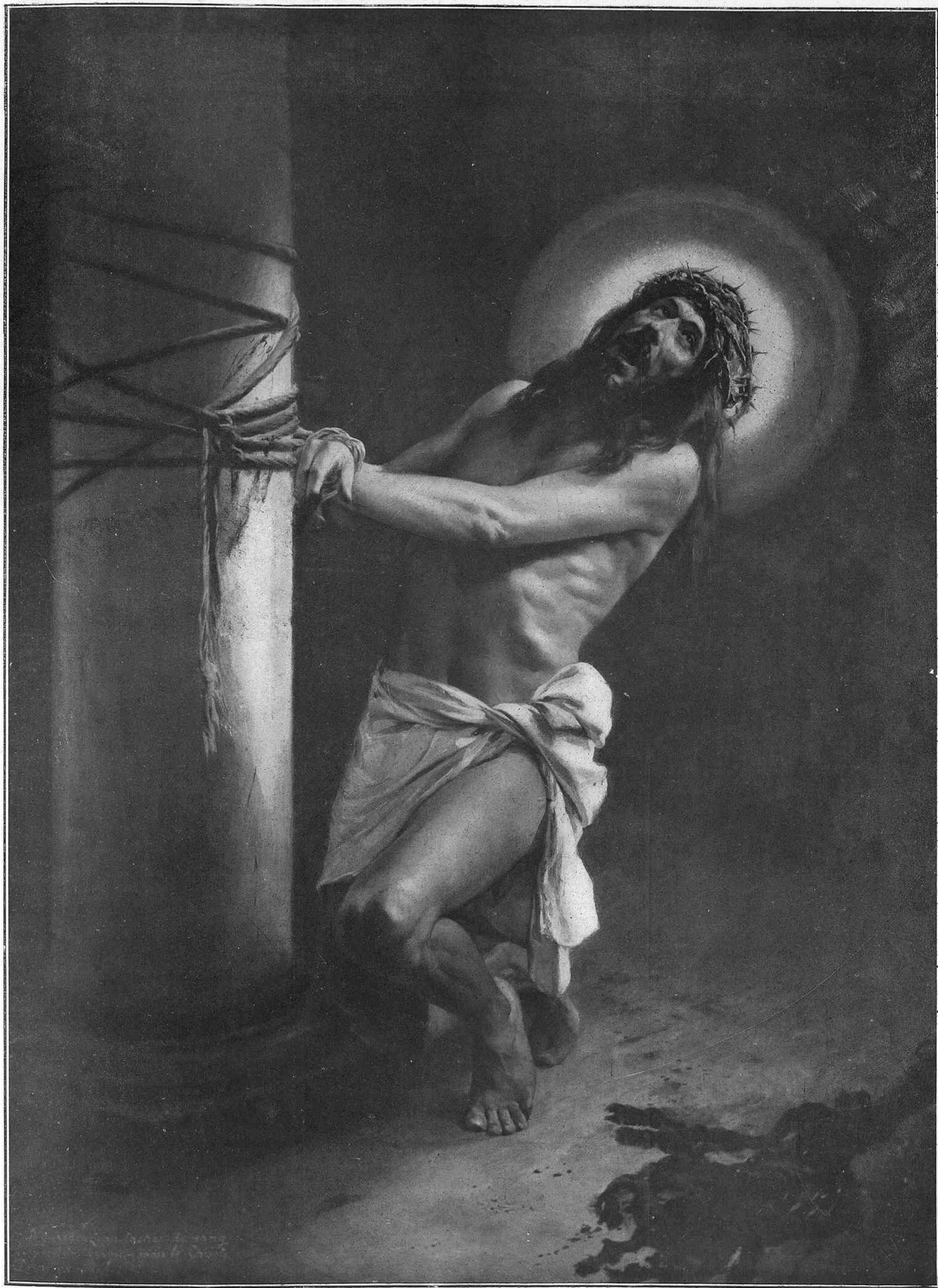
ABUELA.—Yo. Irás con motivo de mi entierro. Dentro de ocho días cumplo ochenta y tres años. ¡Vaya si irás á la iglesia! E irás detrás de mí con el sombrero en la mano y antes del próximo Domingo de Ramos rociarás mi cuerpo con agua bendita.

NIETO.—¿A qué hablar de esto? ¿Qué quieres que te conteste ahora? No es leal hacerme pensar en tu

hardt es el artista que mejor ha sabido poner al alcance del pueblo de su patria las enseñanzas de la religión cristiana, exteriorizadas con un sentimiento de verdad hondamente impresionante y con un arte, mezcla de realismo y de simbolismo claro, inteligible para todos. Es un intérprete admirable de las Sagradas Escrituras en quien se aunan la educación artística y la fuerza de una fe poderosa inquebrantable.

Sus obras son profundamente religiosas y en ellas se admira un estilo propio que se preocupa sobre todo de la expresión, es decir, de los rostros y de las actitudes de los personajes que en sus cuadros figuran, ahondando en la psicología de los mismos, penetrando hasta en lo más íntimo de sus almas.

Otra de las características de las obras de Gebhardt es la grandiosidad de la composición; está cualidad se advierte especialmente en las pinturas murales que ha ejecutado recientemente para la iglesia de la Paz de Dusseldorf, y en las que alternan los asuntos tomados del Antiguo con los del Nuevo Testamento. Dos de estas pinturas las reproducimos en el presente número; también reproducimos un fragmento de *La resurrección de Lázaro*, que con razón se considera como una de sus obras maestras.—P.



CRISTO ATADO A LA COLUMNA, cuadro de Antonio Fabrés,

premiado con primera medalla en la Exposición de San Luis (Missurí) de 1908

LA EXPEDICIÓN INGLESA AL POLO ANTÁRTICO QUE HA LLEGADO MÁS ALLÁ DEL PARALELO 88° SUR

Hace pocos días, el *Daily Mail* de Londres publicó una noticia que causó verdadera sensación en el mundo científico: la de que el teniente Shackleton,



El teniente E. H. Shackleton,
jefe de la expedición

jefe de la expedición antártica inglesa, había llegado á los 88° 23' de latitud Sur, es decir, á 178 kilómetros del polo austral, ganando, por consiguiente, 678 kilómetros sobre el explorador Scott que, siendo el que más había avanzado hasta ahora en las tierras antárticas, no había pasado, en 1902, de los 82° 17' de latitud Sur.

La expedición Scott había tenido que detenerse poco después de pasada la gran barrera y en medio del ventisquero, al fin del cual se alzaba una cordillera que cerraba totalmente el horizonte de Oeste á Este. Shackleton, que formaba parte de la misma, regresó á Inglaterra casi moribundo, pero con la esperanza de alcanzar el polo si podía contar con los recursos necesarios; y apenas repuesto, se dedicó con alma y vida á organizar una nueva expedición, que el día 30 de julio de 1907 salió á bordo del *Nimrod*, con dirección al polo antártico. Proponíase el explorador establecerse en la tierra del rey Eduardo VII, al Este de la gran barrera, y desde allí encaminarse al Sur; pero habiéndose visto el *Nimrod* detenido en aquella dirección por los bancos de hielo, Shackleton se instaló, á principios de 1908, en la tierra Victoria, en el abra en donde había permanecido la expedición Scott desde 1902 á 1904.

El 3 de noviembre de 1908 Shackleton emprendió la marcha hacia el Sur con tres compañeros, llevándose víveres para ochenta días conducidos en trineos arrastrados por poneys, y veintitrés días después dejaban atrás el punto extremo alcanzado por Scott en 1902. Más allá, el camino hacía en extremo difícil á causa de las altas montañas, de los inmensos ventisqueros llenos de grietas, de los terribles temporales de nieve y de la temperatura, que á veces llegó á 40° bajo cero. A pesar de tales dificultades, la caravana siguió avanzando hacia el polo, viéndose los exploradores obligados á reducir las raciones, pues los víveres escaseaban.

Shackleton y sus compañeros, enteramente extenuados, hubieron de detenerse en el paralelo 88° 23' Sur, cuando sólo les separaban del polo 178 kilómetros. Poco después emprendieron el regreso, llegando á sus cuarteles de invierno en 1.º de marzo último.

Los expedicionarios han realizado importantes descubrimientos zoológicos y observaciones geológicas de grandísimo interés.

Uno de los episodios más interesantes fué la ascensión al monte Erebo, cuya cima alcanzaron después de tres días de marcha y cuya constitución geológica pudieron estudiar detenidamente. El Erebo es de todos los volcanes del mundo el situado más hacia el Sur; cuando los exploradores llegaron al cráter, escapábanse de éste hasta una altura de más de 600 metros columnas de agua mezcladas con gases sulfurados. Las peripecias de aquella penosa ascensión fueron reproducidas por medio del cinematógrafo.

Además se han descubierto yacimientos de hulla en las altas montañas que la expedición encontró al Oeste de la tierra Victoria. Las observaciones me-

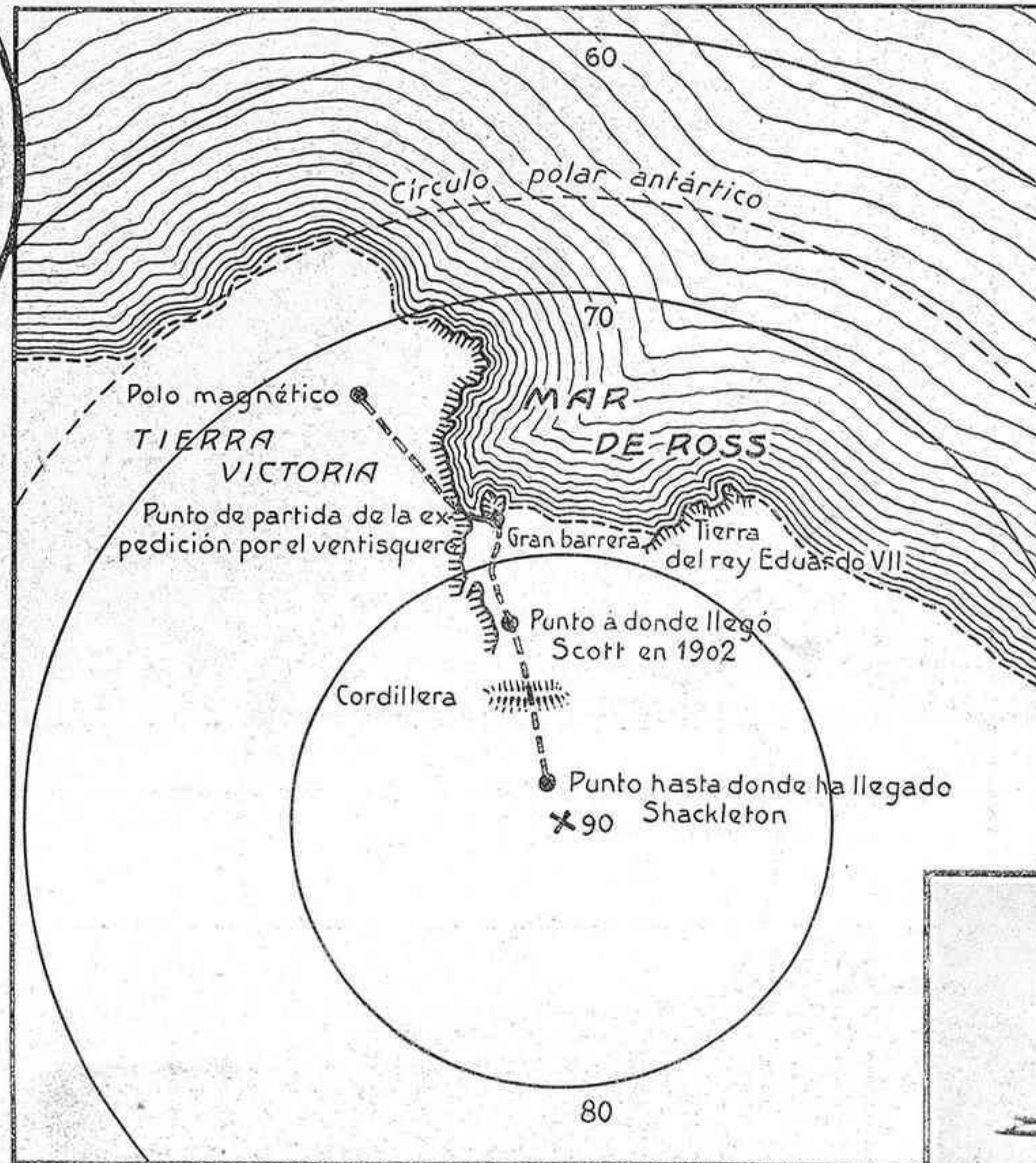
teorológicas realizadas por los exploradores han venido á echar por tierra la teoría según la cual debía haber alrededor del polo Sur una zona atmosférica sin corrientes de aire.

Al mismo tiempo que Shackleton y sus acompañantes efectuaban esa magnífica exploración, otro grupo de expedicionarios realizaba una marcha no menos extraordinaria en dirección Noroeste, llegan-

vicio de la cual ha puesto su inteligencia, su actividad y su energía extraordinarias, á la vez que sus grandes medios económicos, logrando, por decirlo así, resucitarla y ponerla en el estado floreciente en que en la actualidad se halla.

Puestas de acuerdo la Real Compañía de Canalización y Riegos del Ebro y la Comunidad de Regantes Sindicato Agrícola del Ebro, poderosa y prestigiosa entidad que preside el distinguido abogado dertosenense y ex diputado á Cortes D. José Cañé y de la que forman parte los más acaudalados propietarios y las más notables personalidades de la comarca, comenzó hace poco menos de un año por la citada compañía la construcción de las obras del canal de la izquierda, bajo la dirección del notable ingeniero del cuerpo de Caminos, Canales y Puertos D. Rafael Izquierdo y Jáuregui.

El nuevo canal, como el de la derecha, toma el agua del azud de Cherta, grandiosa presa de 300 metros de longitud y cinco de altura, de cuya importancia da perfecta idea la vista general que en la página siguiente publicamos, y la longitud total del mismo con las acequias complementarias será de 64 kilómetros, pudiendo regarse con él una superficie de 13.000 hectáreas. En los primeros 26 kilómetros la sección es de forma trapezoidal, de 8'50 metros en



Croquis en que está señalado el punto adonde ha llegado la expedición, más allá del paralelo 88° Sur

do al polo magnético antártico y recorriendo una inmensa región hasta entonces desconocida.

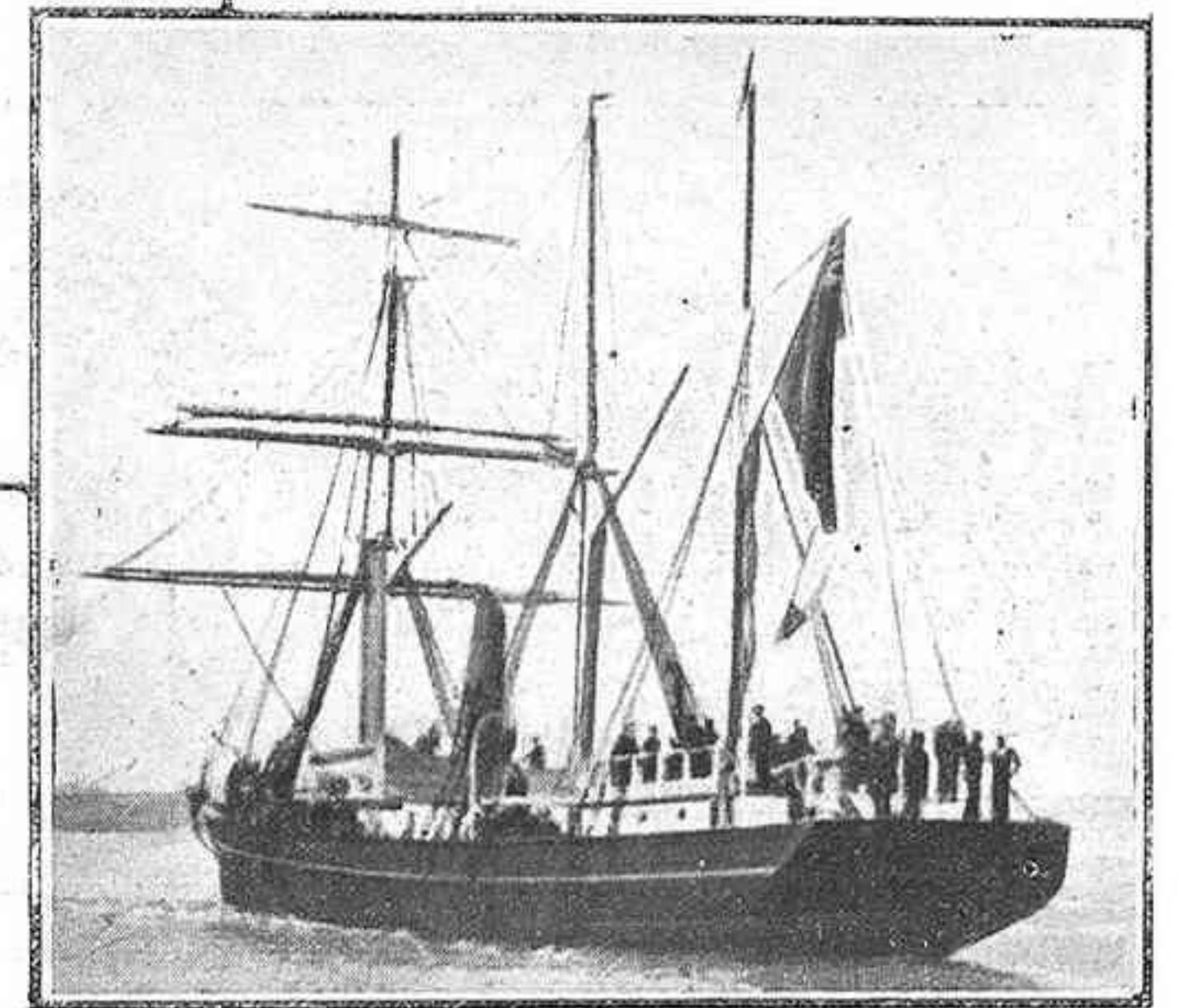
Los compañeros de expedición del teniente Shackleton son: el teniente J. B. Adams, geólogo meteorologista; sir F. Brocklehurst, geómetra; Mr. Jaime Murray, biólogo; el doctor Michel, médico, y míster Enrique Marshall, cartógrafo.—S.

EL CANAL DE RIEGO

DE LA IZQUIERDA DEL EBRO

Pocas compañías habrá habido en España de historia tan llena de vicisitudes como la de la canalización del Ebro. Creada en 1852 para hacer navegable este río desde Zaragoza al mar, pronto hubo de vencerse de la imposibilidad material y económica de realizar dicha navegación, y dedicó toda su actividad á la explotación de los riegos por medio del canal llamado de la derecha, que convirtió en magníficas huertas y productivos arrozales 11.000 hectáreas de tierras antes incultas.

Para completar su obra faltábale construir el canal de la izquierda, que fuese para aquellos terrenos lo que el otro había sido para los del lado opuesto; su situación económica, por un lado, y las circunstancias especiales y difícilísimas por que atravesó su existencia legal, por otro, impidiéronle, sin embargo, durante cerca de medio siglo llevar á cima tal empresa. Al fin, gracias á su perseverancia y gracias también á la bondad de su causa, ha logrado vencer tantas y tan grandes dificultades, muchas de ellas tenidas por insuperables, y hoy es ya el comienzo de una realidad y será en breve una realidad completa lo que por tanto tiempo acariciaron como esperanza fecunda en beneficios, no sólo la citada compañía, sino también la comarca de Tortosa, á la que tan inmensas ventajas ha de reportar aquella obra. Ello se deberá en principalísima parte al acaudalado y experto financiero barcelonés D. Francisco de P. Romáñá, vocal del Consejo de Administración de la compañía y verdadera alma de la empresa, al ser-



El «Nimrod» barco en que se ha efectuado la expedición

la base, 2'90 metros de altura y taludes inclinados al uno por uno; en el resto, las secciones son menores.

Las aguas van á parar al Mediterráneo, á 54 kilómetros de la presa.

Para dar paso al canal se hacen necesarios cuatro túneles, todos en construcción adelantada, que tienen 1.100 metros el primero, 235 el segundo, 85 el tercero y 1.400 el cuarto, que pasa por debajo de los castillos y antiguas fortificaciones de Tortosa; todos estos túneles quedarán terminados en el presente año.

Además hay que construir más de 100 pasos para restablecimiento de servidumbres, cinco importantes sifones para cruzar cauces de barrancos y un paso de 114 metros de longitud por debajo de la línea del ferrocarril.

El volumen de las tierras á remover, sin contar los túneles, excede de dos millones de metros cúbicos.

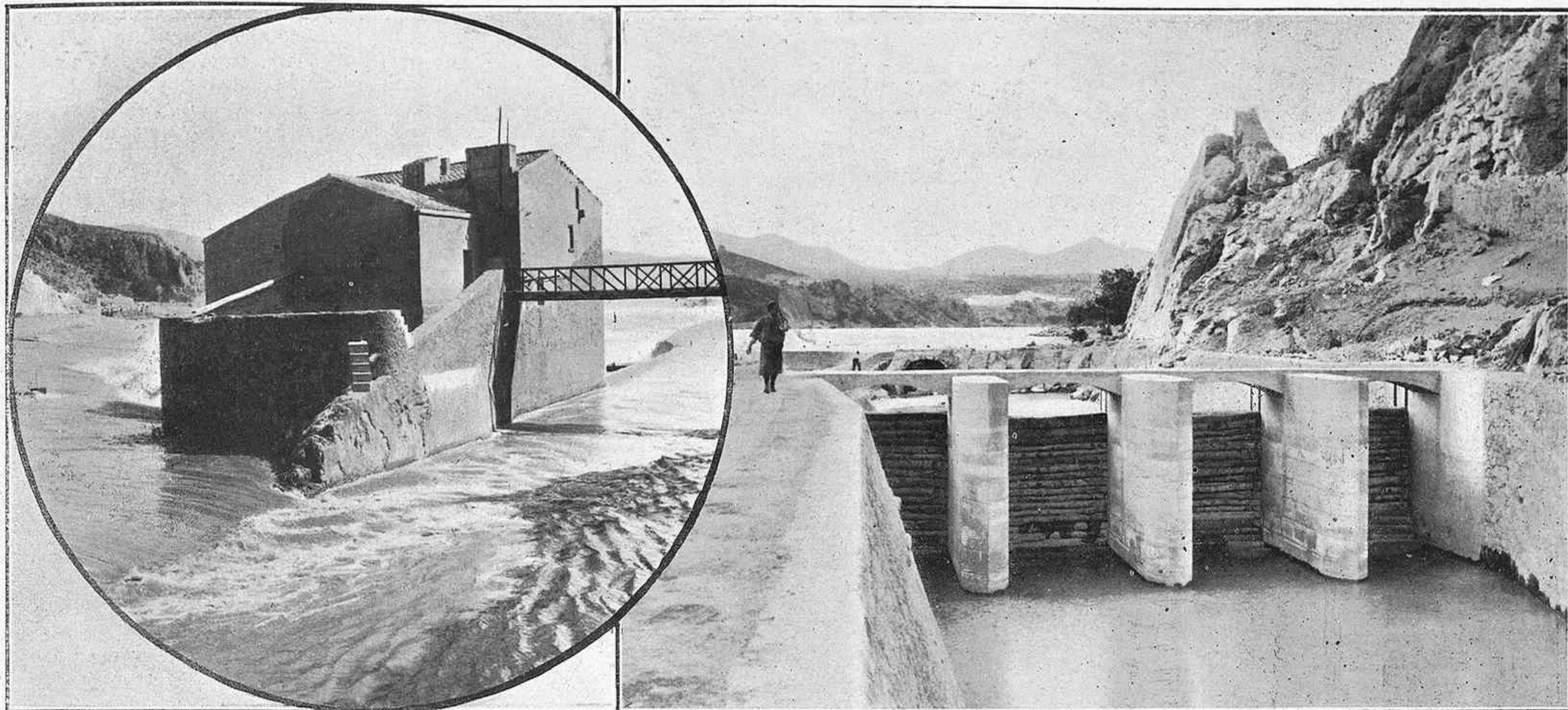
El presupuesto total de la obra asciende á 10 millones de pesetas, de los cuales hay invertidos ya tres y medio.

Las obras del nuevo canal, que comenzaron en mayo de 1908, quedarán terminadas por todo el año actual, es decir, tres años antes del plazo señalado en la ley de concesión, caso tal vez único en España en obras de tanta magnitud como la que nos ocupa.

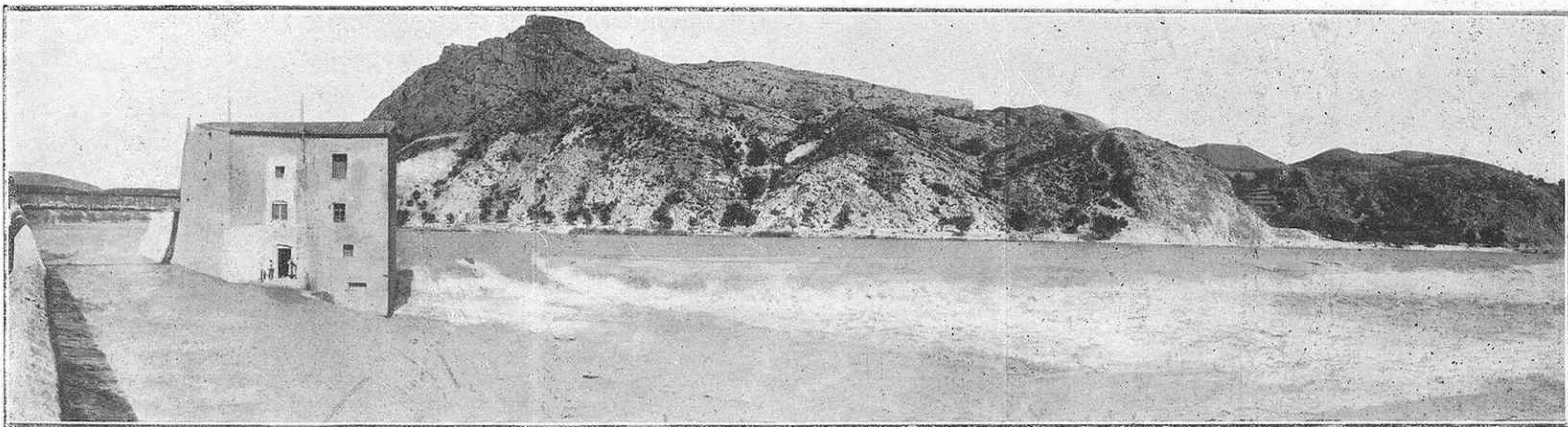
La comarca de Tortosa está, pues, de enhorabuena; con ella lo está también todo el país, ya que con esta obra, eminentemente fomentadora de la agricultura, aumentará por modo considerable la riqueza nacional.—B.

EL CANAL DE LA IZQUIERDA DEL EBRO, EN LA COMARCA DE TORTOSA

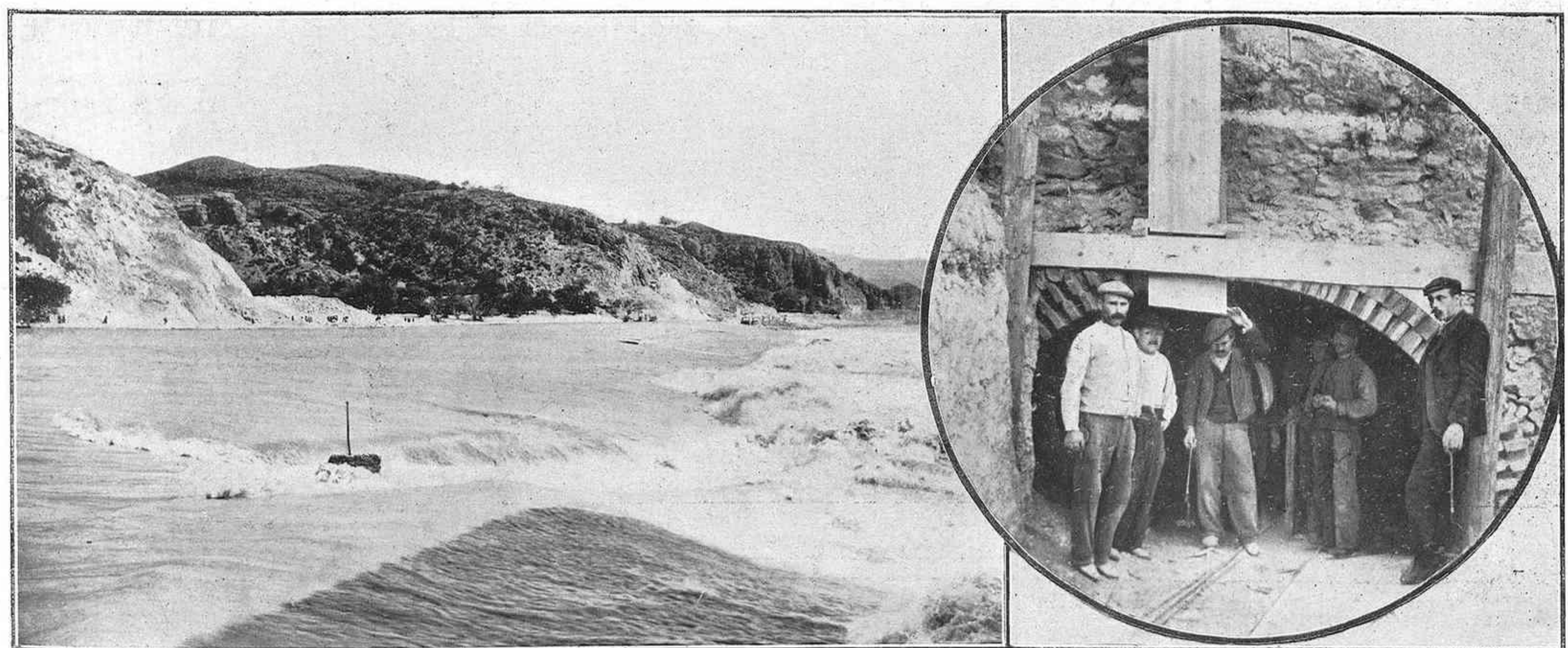
(De fotografías de Castellá.)



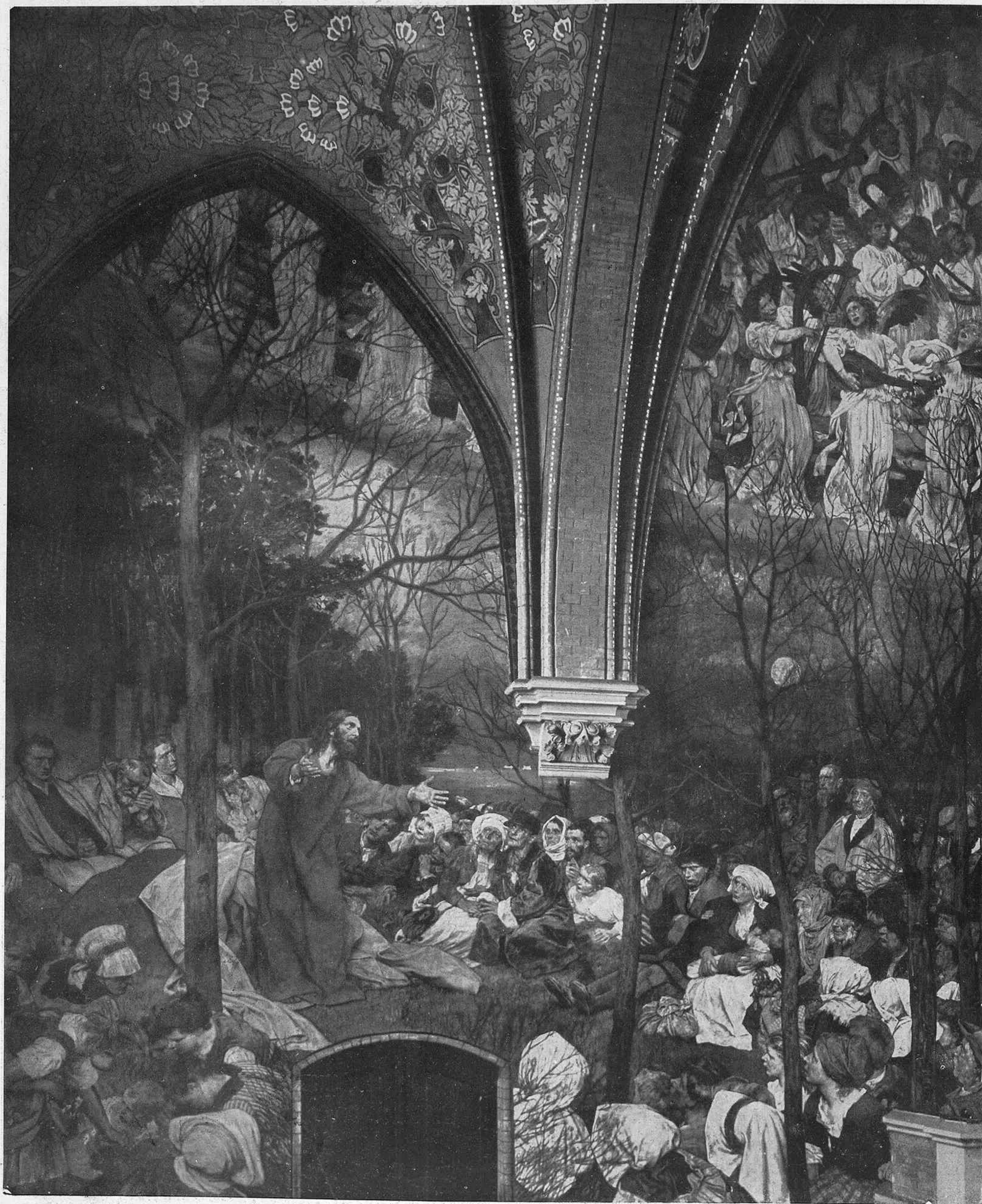
Vista de la presa y de la toma de aguas del canal de la derecha.—Compuertas y entrada del canal de la izquierda



Vista general de la presa de Cherta en donde toman el agua los dos canales, el de la derecha y el de la izquierda



Vista parcial de la presa de Cherta, tomada desde la orilla derecha.—Boca de entrada del túnel de Tortosa de 1.400 metros



EL SERMÓN DE LA MONTAÑA,

pintura mural de la iglesia de la Paz de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt



EL BAUTISMO EN EL JORDÁN,

pintura mural de la iglesia de la Paz de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

D. FRANCISCO GONZÁLEZ GUINÁN

El actual ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela encargóse de esa cartera en circunstancias muy difíciles, cuando sobre aquella república pesaban importantes reclamaciones de carácter internacional, entre las que revestían especial gravedad las formuladas por los Estados Unidos en favor de varias compañías, y cuando la substitución en la presidencia del general Castro por el encargado de la misma, general J. V. Gómez, determinaba una situación anómala en aquel Estado.



D. Francisco González Guinán, ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela

El Sr. González Guinán, después de largas negociaciones, consiguió firmar en 13 de febrero último con el representante norteamericano un protocolo en que todas aquellas reclamaciones han sido solucionadas satisfactoriamente y de una manera honrosa para ambos países, mereciendo el arreglo concertado universal aceptación.

Hombre ilustradísimo, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, debele su patria importantes trabajos, siendo sin duda uno de los principales servicios que a su país ha prestado el haber hallado y dado a luz el libro segundo de actas del Congreso Constituyente de Venezuela, que contiene, entre otras, el Acta solemne de la Independencia de aquel Estado.

El Sr. González Guinán es un gran amigo de España. En una carta recientemente escrita a un amigo suyo y que tenemos a la vista, decía: «Me he interesado en que Venezuela tenga en España alguna representación diplomática, y por el pronto he conseguido que el actual Cónsul general en Madrid, Sr. Dr. Rizques, sea elevado a la categoría de Encargado de Negocios. Ojalá que más adelante pueda lograr una Legación de primera clase, porque tengo la convicción de que estas Repúblicas hispano-americanas deben marchar en estrecha unión con la madre patria.»

D. JOSÉ ALEMANY

El ilustre filólogo y sabio catedrático de la Universidad Central que recientemente ha sido recibido en la Real Academia Española, es uno de los más elocuentes ejemplos de que el talento, el amor al estudio, la abnegación y la fuerza de voluntad pueden vencer cuantos obstáculos se oponen al levantado propósito de conquistarse un nombre y elevar al más humilde hasta los puestos más eminentes.

D. José Alemany y Bolufer nació en Cullera y cursó el primer año de latinidad en el Seminario de Valencia; pero hubo de interrumpir sus estudios para ayudar a sus padres en las faenas del campo, contribuyendo así al sostenimiento de su modesta familia. Por las noches, sin embargo, se dedicaba a enseñar a leer y escribir a algunos niños del barrio en que habitaba.

Sus padres, en vista de sus felices disposiciones, quisieron que reanudara sus estudios, y haciendo un esfuerzo lo matricularon en un colegio de Sueca, en el cual realizó tales progresos que en los exámenes obtuvo notas de sobresaliente, premios, una modesta pensión y libros y matrículas gratis para el siguiente curso. Es de advertir que Alemany seguía viviendo en Cullera con sus padres y que Sueca dista de aquel pueblo siete kilómetros, de modo que el joven estudiante tenía que recorrer todos los días 14 kilómetros.

Faltábanle dos años para terminar el bachillerato cuando cayó soldado, y entonces, haciendo un extraordinario esfuer-



D. José Alemany y Bolufer, ilustre filólogo, catedrático de Lengua griega de la Universidad central y recientemente recibido en la Real Academia Española. (De fotografía.)

zo, logró aprobar, en 1885, las asignaturas de los dos cursos. Ingresó en filas, y habiendo conseguido ser destinado a prestar servicio como ordenanza en la capitanía general de Barcelona, emprendió en esta capital el estudio de la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras. Para esto, comer y vestirse, no contaba más que con el pan de munición que le daban todos los días en el cuartel, las 14 pesetas que cobraba al mes por estar rebajado de rancho, y 15 que a durísimas penas le enviaban sus padres.

Así estudió la carrera, y lo hizo con éxito tan brillante, que como recompensa recibió la licencia del servicio y la encomienda de Isabel la Católica.

Después se doctoró en Madrid, y dos años más tarde, en 1891, obtuvo por oposición la cátedra de la Lengua griega en la Universidad de Granada, que desempeñó hasta que, en nueva oposición, fué nombrado para la misma cátedra en la Universidad de Madrid.

El Sr. Alemany veía así coronados sus esfuerzos; pero no se contentó con eso. Siguió trabajando, ampliando cada día más sus estudios, profundizando en el conocimiento de la Filología, y la reputación que tan mercedamente hubo de alcanzar, le ha llevado a la Real Academia Española.

Su discurso de ingreso en la docta corporación ha versado sobre «El orden de las palabras en la frase,» y es un estudio profundo, eruditísimo y abundante en sabias observaciones y consideraciones personales, de un problema filológico en alto grado interesante y hasta ahora no tratado por nadie. El académico Sr. Commlerán, contestando a ese discurso, lo ha calificado en los términos siguientes: «Por la sencillez, concisión y claridad en la exposición de asunto tan complicado y difícil; por la solidez y encadenamiento lógico de los raciocinios; por la copia y variedad admirable de los datos, hechos y observaciones aducidos, y hasta por el procedimiento rigurosamente científico y verdaderamente racional seguido en el desarrollo de su tesis, sin temor de que califiquéis de hiperbólicas mis palabras, yo me atrevo a afirmar que en el discurso que, para su recepción en nuestra Academia, ha leído el señor Alemany, se contiene un interesantísimo capítulo, que a Bopp se le olvidó escribir en su monumental y clásica Gramática comparada de las lenguas indo-europeas.»

EL PRÍNCIPE JORGE DE SERVIA

El príncipe heredero de Servia, de quien tanto se ha hablado con motivo del conflicto austro-servio, ha renunciado todos sus derechos a la corona. Las causas de esta renuncia se han explicado de diversos modos: según unos, los rumores propalados con motivo de la muerte de su ayuda de cámara Kolakovitch han determinado aquella resolución del príncipe, por creer éste que el gobierno no le ha defendido, cual debía, de las acusaciones contra él lanzadas en esta ocasión; según otros, la razón de la renuncia ha sido el desencanto que ha tenido el príncipe al saber que Rusia aceptaba la anexión de la Bosnia y de la Herzegovina al Austria. Cuentan los que esto sostienen que al enterarse Jorge de aquella noticia, montó en cólera y exclamó: «¿Por qué fuí a San Petersburgo? ¡He aquí cómo satisface el tsar las esperanzas del pueblo servio!»

Conocido el carácter belicoso del príncipe y teniendo en cuenta que todas las diligencias practicadas sobre el fallecimiento de Kolakovitch parecen demostrar que éste murió a consecuencia de un accidente fortuito, es muy probable que esta última versión sea la verdadera.

En la carta-renuncia dirigida al ministro presidente Novakovitch, el príncipe dice: «Renuncio a todos los derechos que la Constitución y las leyes del país me han concedido. Declaro al mismo tiempo que me esforzaré, en lo sucesivo, en servir a mi patria como soldado y ciudadano.»

La abdicación del príncipe Jorge, que ha sido admitida por la Skuptchina, ha conternado al partido belicoso de Servia.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Un joch de cartas ó memorialistas ab lletra menuda*, sainete en un acto de Manuel Folch y Torres; y en la Granvía *Porta Cali*, zarzuela fantástica en dos actos y siete cuadros de Eduardo Escalante, música del maestro Peydró.

En el Liceo ha dado la Asociación Musical los dos conciertos últimos de esta temporada, habiéndose estrenado en ellos un fragmento del poema sinfónico *La Divina Comedia*, de Conrado del Campo, y *Catalonia*, boceto sinfónico de Albéniz, obras ambas notabilísimas y que obtuvieron entusiastas aplausos. Además se ejecutaron: *El cantl de Pahissa*, la *Cuarta Sinfonía* de Schumann, el *Scherzo* de Glazunow, *Psique y Eros* de César Frank, *Siegfried Idyl*, las oberturas del *Buque fantasma* y de *Los Maestros cantores*, el prelude de *Parsifal*, los *Murmillos de la selva* y la *Muerte de Isolda* de Wagner, y dos bellísimos *lieder* del maestro Lamothe de Grignon, que cantó muy bien la señorita Aleu. Todas estas piezas fueron admirablemente tocadas y calurosamente aplaudidas. La Asociación Musical puede estar satisfecha de la campaña realizada, y el público ha de agradecer una vez más los esfuerzos que tan benemérita entidad hace en pro del gran arte y por la altísima obra de cultura que desde hace tanto tiempo viene realizando, bajo la inteligente dirección del notable maestro é inspirado compositor Sr. Lamothe.

En el Palau de la Música Catalana ha dado el *Orfeo Catalá* un concierto en el que, bajo la dirección del maestro Millet, ha ejecutado con su habitual maestría piezas de Brudieu, Mas y Serracant, Romeu, Morera, Dalcroze, Berlioz, Nicolau, Saint-Saens, Clavé, Flecha, Händel y Strauss.



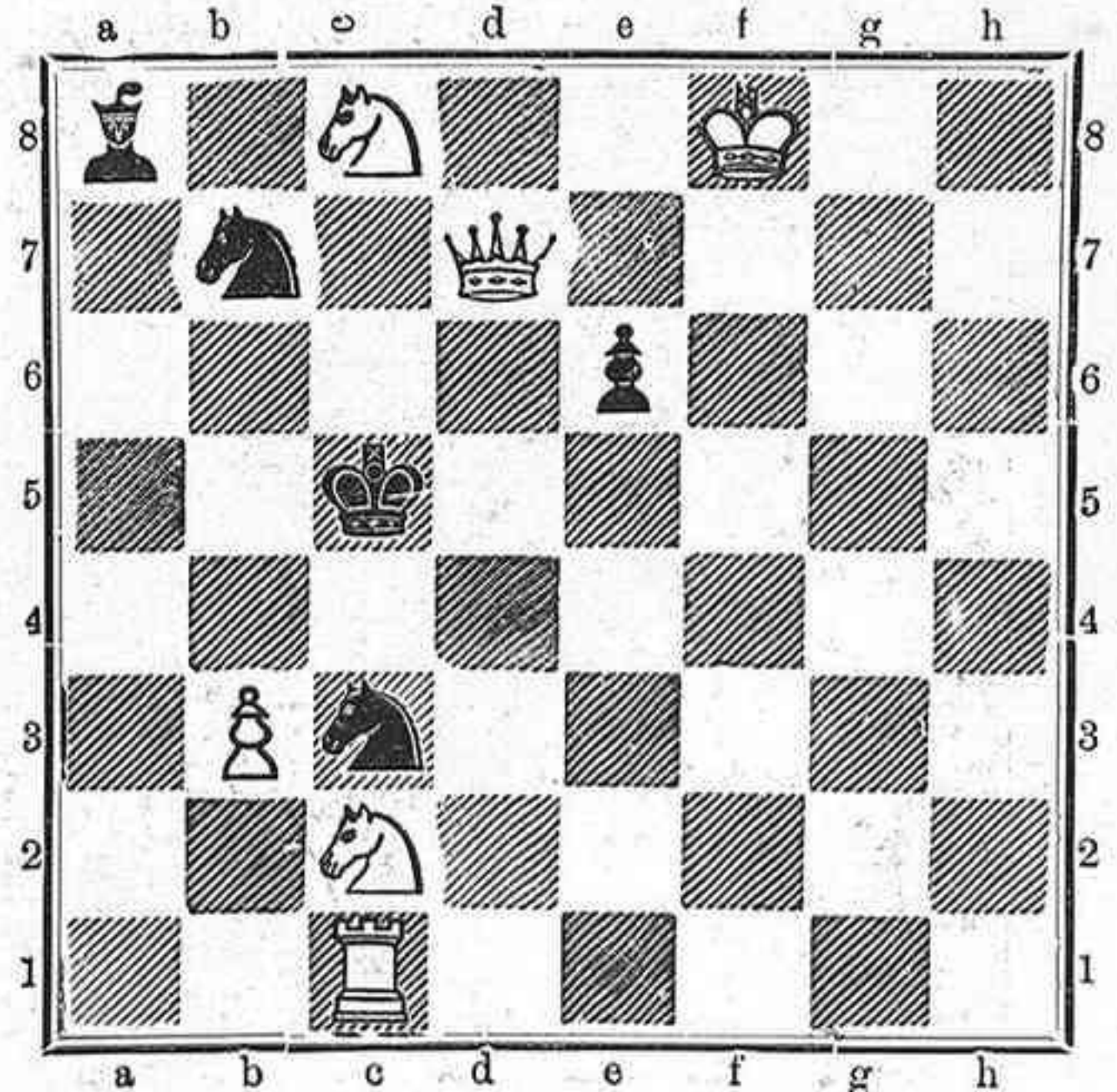
El príncipe Jorge de Servia que recientemente ha renunciado sus derechos de heredero de la corona. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La Regencia*, comedia anecdótico-histórica en tres actos y un prólogo de Juan Antonio Cavestany y Carlos Fernández Shaw; en Lara *La sombra del padre*, comedia en dos actos de Gabriel Martínez Sierra; en la Comedia *La baronesa de Villiers*, comedia en un acto de Alberti; en el Cómico *Piel de oso*, zarzuela en un acto de López Barbadillo y Angel Custodio, música del maestro Bretón; en Eslava *Ninjas y sátiras*, zarzuela en un acto de López Silva y Pellicer, música del maestro Lleó; y en Romea *Juego de almas*, comedia en un acto de Valero Martín, y *Bodas celestes*, apunte de comedia de Vicente Almela.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 517, POR V. MARÍN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

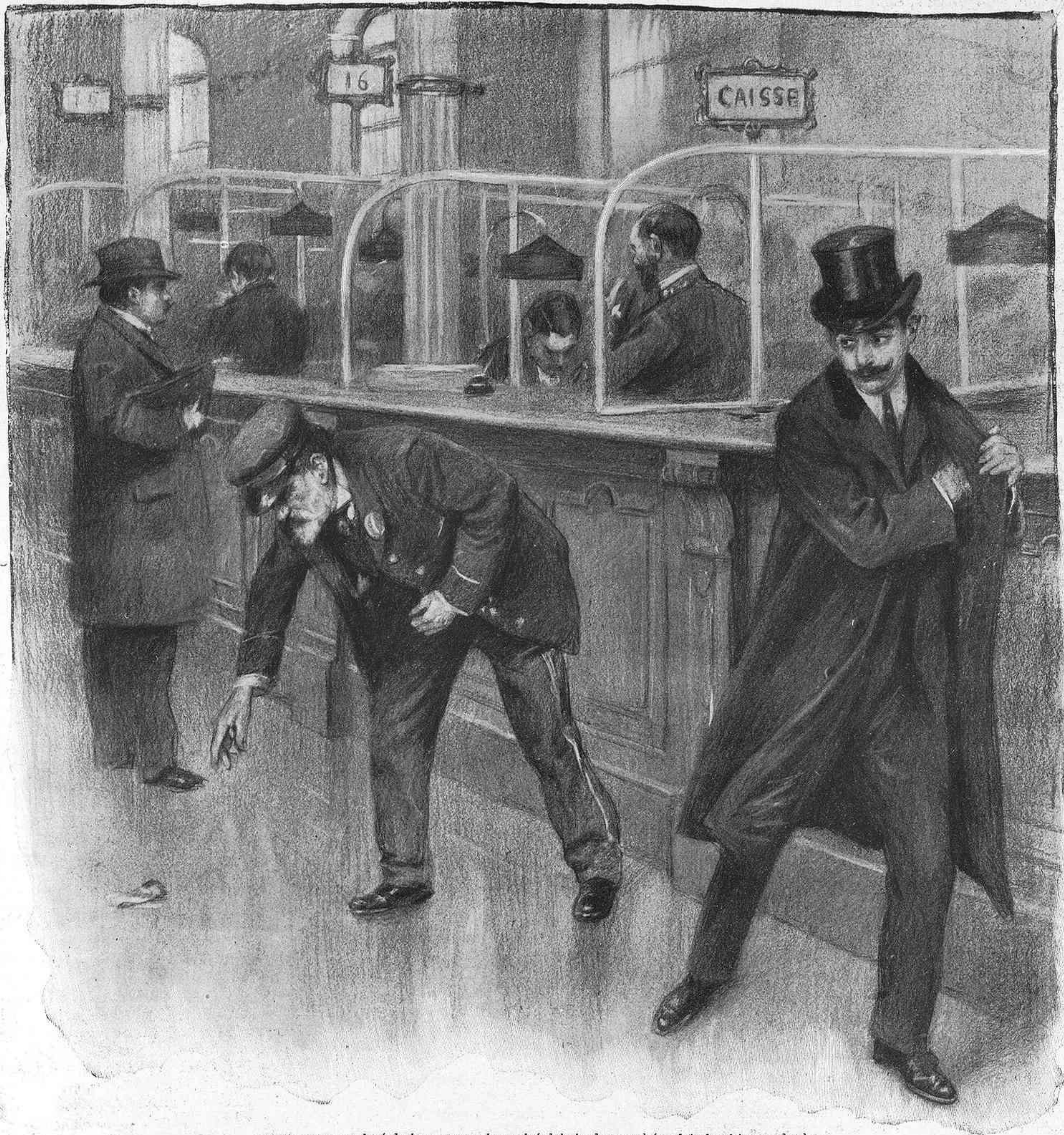
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 516, POR V. MARÍN

- Blancas. Negras.
- 1. Tc2-g2. 1. Cualquiera.
- 2. D ó C mate.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Luciano se apoderó de la cartera y la ocultó debajo de su gabán, dejado abierto adrede

El joven no contestó á sus caricias; parecía hallarse bajo la impresión de una preocupación penosa.

—¿Qué tienes?, preguntó ella después de haber cerrado la puerta. Dime lo que tienes.

Le tenía abrazado, mirándole en los ojos, cuyas miradas se desviaban.

—Nada, contestó él al fin, de mal humor; nada.

—Entonces, ¿por qué te veo así? ¡Ni siquiera me besas!..

Luciano le dió un beso, esforzándose por sonreírse; pero su sonrisa no era franca.

—No seas criatura, dijo; si me hubiese sucedido algo, ¿no te lo diría?

—¿No has tenido ningún disgusto?

—Ninguno.

—¡Ah, has visto á papá!.. exclamó entonces Juana, como inspirada. Eso es, ¿verdad?.. Habréis tenido una discusión...

—No, no le he visto.

—¿De veras?

—Te lo juro. Anda, ven, comamos, añadió el marido; á escape, porque llevo prisa.

—Cómo, ¿vas á salir otra vez?, preguntó Juana, dolorosamente estupefacta.

—Es preciso, contestó él; lo he prometido; tengo un coche que me espera.

—¿Adónde vas á ir?

—A encontrar un amigo... para un negocio.

—¿Qué amigo?.. ¿Quién?..

—No le conoces, contestó Luciano en un tono al que consiguió dar mayor naturalidad á fin de tran-

quilizar á su esposa; un amigo de la infancia... un antiguo compañero de regimiento...

—Nunca me has hablado de él.

—No... Le he visto hoy por primera vez después de mi licenciamiento. Se llama Alberto de Maurens, un muchacho de muy buena familia que prestaba su servicio voluntario de un año en mi regimiento y que acaba de ser licenciado.

—Pero no es por eso por lo que estás tan preocupado... Parecías tener un grave disgusto...

—¿Estás loca, mujer?, dijo el marido. Mi disgusto era por llegar tan tarde... Estaba seguro de que me estarías aguardando con ansiedad... También me disgusta el tener que salir otra vez.

—¿Volverás tarde?

—No sé.

—¿Adónde vas con ese amigo?

—Hemos de pasar la velada juntos y nada más.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Mientras ella daba algunas órdenes, Luciano de Favreus entró en su cuarto, abrió rápidamente su pequeño secreter de marquetería, sacó un *carnet* de cheques y se lo metió en un bolsillo del gabán, que se quitó luego tirándolo sobre una silla del comedor.

Paulina había servido la comida, conservada caliente al lado de los fogones.

Los esposos apenas despegaron los labios, al menos durante el primer servicio. Luciano comía apresuradamente y Juana no se atrevía a preguntarle.

Luego ella refirió su visita a los Landry, sin hablar de su intención, no realizada, de ir al encuentro de su padre. Pero su marido apenas la escuchaba, y tan pronto como hubo terminado de comer, tomó una copa de ron en vez de la taza de te habitual, tiró la servilleta sobre la mesa, sin haberse tomado el trabajo de doblarla, y sin encender un cigarrillo, él que fumaba siempre de sobremesa, se levantó, cogió su gabán y su sombrero, dió un beso a Juana y partió.

—¡Vuelve lo más pronto posible!., imploró la joven acompañándolo hasta la puerta.

—Sí, sí... tan pronto como pueda, dijo él bajando precipitadamente la escalera.

Subió al *fiacre* que le esperaba.

—Bulevar de los Italianos, de donde vinimos, indicó al cochero. ¡De prisa!

Arriba, sola, desolada, Juana se preguntaba:

—Pero ¿qué pasa?.. ¡Nunca le he visto así!..

Sentía una amenaza indefinible, un peligro vago, que se aproximaba y cuyo presentimiento le oprimía el corazón.

Creyó un momento que su marido no le había dicho la verdad.

Los celos, instintivamente, la mordían.

—Ese amigo de quien nunca me habló... ¿Será verdad?.. ¡Dios mío, si ya no me amará!..

Entonces acudieron vagamente al espíritu de la joven los presagios funestos de su padre.

Le había dicho que sería desgraciada.

Pero no, no quiso atormentarse con aquel dolor y rechazó tan tristes pensamientos, desmintiéndose a sí misma sus locas aprensiones, tranquilizándose con todos los razonamientos posibles, pero conservando a pesar de todo aquella impresión dolorosa del primer momento, tanto más penosa cuanto que no sabía a qué atribuirle.

Luciano no había mentido al hablar de Alberto de Maurens.

Apenas lo había conocido en el regimiento, pues no pertenecía al mismo batallón que él; pero licenciados ambos, se habían reconocido al encontrarse de nuevo, y habían trabado amistad.

Alberto de Maurens, de una excelente familia de Tolosa, vivía en París, so pretexto de estudiar leyes, pero en realidad no hacía más que gastar alegremente la opulenta pensión que su padre le pasaba.

El juego, á que Luciano era aficionado, convirtióse rápidamente en una pasión al contacto de aquel amigo, que era socio de un círculo en que florecían el *baccará* y el *ecarlé*.

Aquel día, el marido de Juana había perdido más de lo que llevaba, y había vuelto á su casa con el principal objeto de llevarse el talonario de cheques, á fin de tomar la revancha y recuperar su pérdida.

Toda la fortuna de Juana, su patrimonio materno, había sido convertido en metálico y depositado en el Banco, de esa manera práctica y corriente que ofrecen la cuenta de depósito y la institución de los *carnets* de cheques. La hija de Laroche, á instancias de su marido, había firmado los documentos para la venta de los valores nominales que el Sr. Verdelet conservaba antes de su matrimonio y le había entregado después.

Había que vivir. Porque los doscientos francos mensuales del diputado á quien Luciano servía de secretario no eran suficientes.

«¿Pero qué importaba?—pensaba Juana á la instigación del miserable. —¿Acaso su marido no se crearía un día ú otro una posición brillante? ¿Y la fortuna de su padre no pasaría al fin y al cabo á manos de ella?»

Se comían, pues, el capital sin echar cuentas, pues la joven permanecía ajena á la cuestión de números.

Los doscientos francos de sueldo de Luciano ya no existían, sin que ella lo supiese, pues hacía dos meses que él había abandonado su plaza, porque le parecía más sencillo y agradable jugar que trabajar.

El juego, al principio, le había sido favorable; pero ahora la suerte, siempre propicia para los neófitos, se le mostraba adversa.

Hacía ocho días que Luciano perdía «todo lo que quería» y mucho más.

Juana aún no había notado nada, porque su marido sólo jugaba por las tardes.

Aquella noche perdió una cantidad considerable,

cerca de veinte mil francos, que pagó orgullosamente con un cheque, extendido y firmado en el acto, sobre la mesa de juego.

Esto le valió prestigio y también un aumento de desgracia, pues desde el momento que le supieron acaudalado, cuando corrió la voz de que el cheque había sido pagado á la vista por el Crédito Lyonés, afluyeron los puntos cada vez que él tallaba.

En dos meses perdió trescientos mil francos.

La pobre Juana nada sospechaba. No había indicio que pudiese revelar á su inexperiencia de la vida aquella culpable dilapidación de su fortuna.

Poco á poco, aunque muy afligida por ello, se resignó á las ausencias nocturnas de su marido. Puesto que sabía adónde iba... , puesto que pasaba sus veladas en el círculo, con sus amigos... No se puede retener constantemente á un hombre en casa. Es con frecuencia el medio de perderlo.

Paulina le decía todo esto y ella se lo creía.

Por lo demás, su «Edmundo» seguía queriéndola; se lo repetía y se lo probaba con sus besos y sus protestas de amor.

Por otra parte, se había operado en ella un cambio profundo, en vísperas del momento tan deseado de su maternidad. Hacíase en todo su ser una evolución cada día más completa.

Ya no se sentía sola, ahora que vivía y se agitaba en ella la criatura que pronto iba á tener en sus brazos y que le devolvería el afecto de su padre.

La desgraciada no asistió á la desaparición completa de lo que poseía.

Siempre había dinero en casa, que el mismo Luciano entregaba á Paulina. Juana no se preocupaba de otra cosa.

No supo que el trimestre de alquiler que vencía en octubre no había sido satisfecho á la dueña de la casa. Queriendo disponer de algunos centenares de francos para tentar fortuna, Luciano había dicho á la casera que, á causa de la baja de valores que no quería vender con pérdida, tropezaba con algunas dificultades de momento y prometió pagar el alquiler antes de fin de año.

Juana creyó también que era para mayor comodidad y para mayor regularidad el haber dispuesto su marido que Paulina tomase libretas en algunas tiendas donde hasta entonces se había pagado al contado.

La pobre lo supo todo á lo último, por una revelación fulminante.

Era en vísperas de Navidad.

Todo el día, asediada por dolorosos pensamientos, Juana se había estado acordando de su padre.

Por primera vez iba á pasar el día de Año Nuevo separada de él.

Esta perspectiva la llenaba de pesadumbre.

Luciano se retiró aquel día más temprano que de costumbre, casi á la hora de antes, á la hora de comer, cuando hacía cuatro meses que comía en el círculo.

Juana se disponía á regocijarse de aquel cambio, cuando, al besarle, le encontró la frente abrasada, la mano húmeda y febril, la mirada sombría, que él desviaba con embarazo.

Le preguntó, y como él buscara evasivas, ella insistió, poniéndole en el caso de tener que explicarse.

El tenía algún disgusto y ella quería saberlo.

—¿No es á mí á quien tienes que decir si sufres?, le preguntó teniéndole abrazado. ¿A quién se lo vas á decir? ¿Quién te consolará mejor que yo?

—Nadie, contestó entonces el miserable con voz sorda. Nadie...

—¡No, yo, yo!.. ¡Ya verás! Dime, Edmundo, ¿qué tienes?»

—Tengo... Tengo que todo está perdido, confesó al fin, con trabajo, pero cínicamente, sin remordimientos, con la sola pena de no poseer ya nada para jugar.

—¿Lo has perdido todo?, preguntó Juana que no comprendía. ¡Todo!.. ¿Pero qué? ¿Dinero?

—Todo cuánto poseíamos.

—¡Pero no es posible!

—He jugado.

—Sí... Comprendo..., pero seguramente te equivocas.

—No. Claro está que no ha sido esta noche, ni en un solo día...

—¿Luego jugabas... á menudo?

—Sí... ¿Qué quieres? Quería ganar dinero á fin de hacerte feliz, á fin de demostrar á tu padre que no necesitaba dinero suyo.

—¿Entonces?..

—¿Qué quieres que te diga?... , dijo el miserable; á quien enojaba el tener que rendir cuentas. Cuando uno juega, no calcula..., se embriaga... y espera siempre desquitarse...

—Pero nuestro dinero está en el Crédito Lyonés, dijo Juana.

—Ya no... ¡Toma!

Y Luciano tiró el talonario de cheques sobre la mesa.

—¡Y bien!., replicó ella al ver algunos cheques en blanco.

—Eso no significa nada, contestó Luciano. Te digo que nada queda... Cuenta y verás.

En tal situación de ánimo, la pobre era incapaz de contar.

Sólo pensaba en el abatimiento de su marido, en su pena, de que ella participaba.

Tomó aquel aire abatido por una manifestación de arrepentimiento y aquel dolor por una saludable desesperación.

Entonces quiso consolarlo y darle ánimo.

Acercóse á él, le besó y le exhortó en estos términos:

—¡Bah, no se ha perdido todo!, le dijo. Te tengo á ti. Y todavía nos amamos... Mi amor te sostendrá. No hay que desesperarse... Si nada nos queda, nos impondremos algunas privaciones; economizaremos trabajando... Con tal de que yo te tenga á ti; con tal de que me quieras, ¿qué importa la fortuna?.. ¡Bah! Ya verás cómo soy animosa y fuerte... Y tan pronto como pueda te ayudaré..., trabajaré también... ¡Edmundo, no te dejes abatir así!.. ¡Edmundo..., Ed mundo!..

Entonces el miserable se desprendió de los brazos de su mujer.

Y se levantó.

—¿Adónde vas?, preguntó Juana aún más inquieta á causa de su silencio y de la expresión más sombría de sus miradas.

Ella se disponía á seguirle.

—Quiero ver exactamente cuál es mi situación, contestó él volviendo á tomar de sobre la mesa el carnet de cheques.

—Sí, cuenta, dijo ella. Ya te decía yo que quizá te habías equivocado.

La pobre volvía á esperar. ¡Es tan fácil la esperanza en las crisis de supremo desaliento!

Y luego, semejante fortuna... Seguramente su marido debía estar en un error.

Le siguió á su cuarto, donde él abrió el pequeño secreter, y á su lado, observando todo lo que él hacía, le vió alinear cifras, que copiaba de las matrices del talonario de cheques, y sumarlas luego.

Estaba tan penetrada de él, y sólo de él, que no se asustó de aquellas sumas considerables, ni le espantó aquel total terrible que representaba su ruina.

A Luciano le había asaltado súbitamente la idea que aquella noche podía haber perdido más de lo que le quedaba y quiso comprobarlo.

Porque si en el último cheque entregado hubiese inscrito una suma superior á lo que poseía, la situación fuera grave.

Parecíale vagamente recordar que, según un cálculo hecho *in mente* el día antes, no le quedaban más que doce mil y pico de francos. ¿Cómo había podido olvidarlo y firmar un cheque de quince mil?

Pero quizá se había equivocado en su rápido cálculo de la víspera, hecho mentalmente. Para esto había querido comprobar.

Obtenido el total, el marido de Juana sacó de un cajón diversos papeles, las cuentas entregadas por el Sr. Verdelet cuando éste puso en manos del joven Favreus la fortuna personal de la hija de Laroche.

Necesitó hacer todavía nuevos cálculos, pues había valores vendidos, balances de agentes de cambio y recibos de depósito del Crédito Lyonés.

Terminados aquellos cálculos, en medio de un silencio lúgubre interrumpido apenas por el crujir de la pluma sobre el papel, Luciano comparó los dos resultados, el total de lo que poseía y el total de las sumas inscritas en los cheques.

Entonces brotó de sus sienes un sudor frío, sus ojos se agrandaron en una terrible expresión de espanto y sus manos fueron sacudidas por un temblor nervioso.

Habíase excedido en cerca de cuatro mil francos de la suma depositada en el Banco, con la entrega del último cheque.

De modo que no era sólo la ruina, sino que era además la vergüenza, el deshonor, pues el hecho de entregar un cheque contra un establecimiento de crédito por una suma no depositada previamente en él constituye una estafa, y Luciano lo sabía.

Juana, asustada de lo que á su marido le ocurría, no comprendía qué sentimientos le agitaban.

No había sacado nada en limpio de todas aquellas cifras.

—Y bien, dijo ella, ¿aún te queda algo, verdad?

—No, contestó el miserable, que no se atrevió á confesar su infamia; nada absolutamente.

—¡Nada!..

—¡Perdido todo!..

En tal tono pronunció él estas palabras, que Juana le creyó presa de una sombría desesperación; le pareció entrever una determinación horrible... quizá una idea de suicidio...

El infame no pensaba en tal cosa: su alma era incapaz de concebir la energía necesaria para matarse, pues esa energía se apoya en un sentimiento de honor, y en un caso irreparable de inevitable deshonra, hay valor real, al mismo tiempo que una especie de grandeza de alma, por parte del culpable que se hace justicia, que se suprime voluntariamente, á fin de evitar á los inocentes que llevan su nombre la mancha de su crimen.

No había suprema desesperación en él, sino un terrible espanto.

Pero el deber de la esposa que ama, ¿no está en consolar á pesar de todo? ¿No está en ser fuerte, á pesar de su debilidad, en las horas más dolorosas?..

¡En tales momentos es cuando se revela de qué es capaz esa criatura de esencia superior por los dones admirables de su alma que el cielo ha dado al hombre, que ha puesto al lado de él para amarle, para sostenerlo, para alentarle en el momento de las desesperaciones supremas!

Juana no podía faltar á esa misión maravillosa, y redobló su ternura en las calurosas exhortaciones que prodigó á su marido.

—¿Qué importa la fortuna? ¡Bah!, dijo ella. ¡No volverás á jugar y punto concluído!.. ¡Permanecerás á mi lado! Verás qué bueno es ser amado y cómo te dará ánimos para trabajar!.. ¡Cuántos hay que no tienen nada!.. ¿Qué necesitamos, en suma, para vivir?.. Muy poco... Yo no gasto casi nada. ¿No tengo todo lo que necesito?.. Aún gastaré menos. ¡Vamos á ordenar nuestra vida y, con lo que tú ganes, tendremos bastante!

Bajo la impresión de lo que acababa de averiguar, sobrecogido de espanto bajo la amenaza que se alzaba ante él, Luciano no la oía.

—¡Y además, añadió Juana con adorable mimo, cuando nuestro hijo se halle en el mundo, dentro de un mes sin duda, iré á encontrar á mi padre y no podré resistir, estoy segura! No le diré nada de lo que hemos perdido, pero yo me las arreglaré para que me dé dinero. ¡Ya ves, pues, que no se ha perdido todo, continuó ella, al contrario!.. ¡Es imposible que yo no reconquisté á mi padre! ¿No vuelves á salir, verdad?, preguntó. ¿No volverás á ese círculo?.. ¿Te estarás á mi lado? ¿Di, Edmundo?..

—No salgo, no, contestó Luciano, con voz apagada que salió difícilmente de su garganta contraída por la angustia.

Juana tuvo un arranque de triunfo y besó á su marido en una explosión de amor.

Luciano volvió á cerrar el secreter, después de haber empujado en desorden todos los papeles en las tablillas, y se levantó.

La pobre mujer atribuía aquel resultado á sus súplicas, á sus exhortaciones, á su amor, y se alegraba de ello íntimamente.

Ya volvía á ser feliz.

Aquella pasión del juego, que se había apoderado de su marido, no era más que pasajera, en concepto de Juana. Ya había concluído; su «Edmundo» no volvería á jugar.

Era, pues, la salvación, á pesar de la ruina actual.

Y era sobre todo aquella existencia toda de amor que la infortunada había soñado y de la cual aquella maldita pasión la había privado hasta entonces.

Y ella reía, exhalando toda su dicha, todo su contento; y á fuerza de besos logró desarrugar aquella frente cavilosa y hasta hacer asomar una sonrisa á los labios de su marido.

Desde el momento que le faltaba valor para confesárselo todo, ¿no era preciso disimular completamente?

La ve'ada y la noche pasaron en medio de un encanto delicioso para la pobre Juana que se congratulaba de haber conquistado aquel hombre á quien adoraba, y antes de dormirse dió las gracias á Dios por habérselo devuelto.

Pero, en tanto que ella dormía, Luciano, atormentado por la espantosa perspectiva del día siguiente, no pudo conciliar el sueño.

No dejó un solo instante de pensar en el descubrimiento de su falta al negarse á pagar el cheque presentado al cobro.

Calculó lo que podría hacer para evitar el conflicto.

Evaloró sus recursos; buscó combinaciones y expedientes.

Levantóse, á la mañana siguiente, muy temprano, y examinó lo que poseía... Le quedaba un billete de

cinquenta francos, algunas monedas de oro y plata unos ciento ochenta francos en junto.

Entonces acordóse de su amigo Alberto de Maurens. Este era rico y podría prestarle sin duda unos cuantos miles de francos.

De este modo iría al Crédito Lyonés y entregaría la suma necesaria antes de la presentación del cheque, y lo restante le serviría para tentar otra vez fortuna.

«El dinero prestado trae suerte—pensó.—Se pierde con el propio y se gana á menudo con el ajeno.»

Esto le reconfortó un poco, y Juana, al despertar, tuvo la grata sorpresa de ver el cambio operado en él.

Le interrogó en el momento en que se disponía á salir.

—¿Adónde vas? ¿Qué vas á hacer esta mañana?

—Voy á ver algunas personas á fin de encontrar una situación, contestó el miserable, disimulando sus intenciones bajo esta mentira. Necesito trabajar.

Entonces Juana le alentó.

—Sí, lo conseguirás, le dijo ella llena de confianza. Algo me lo dice.

Después preguntó:

—¿A quién vas á ver para eso?

—A varios amigos, dijo vagamente Luciano de Favreuse.

—¿Volverás para el almuerzo?

—Sí.

Juana le dió un prolongado abrazo, besándolo con ardor, y le miró luego alejarse, lleno el corazón de confianza y de amor.

Y cantó toda la mañana, sin pensar en el horror de aquella situación, de aquella miseria absoluta, que ella conocía, pero que iba á ser pronto reparada.

Luciano de Favreuse fué á casa de su amigo Maurens, calle de Roma. Su criado tuvo que despertarlo, á instancias apremiantes del importuno.

El joven calavera despertó de muy mal humor; sin embargo, consintió en recibir á su amigo, sin abandonar la cama.

—¿Qué te pasa?, exclamó con la mano tendida y bostezando aún. ¿Es posible, á estas horas?.. ¿Tú no duermes?

—Amigo mío, necesito absolutamente que me hagas un favor, contestó Luciano estrechando la mano de Alberto. He contado contigo para que me prestes una cantidad... indispensable.

—¿De qué se trata?

—Necesito cinco mil francos... pero los necesito absolutamente esta mañana, en seguida. Me los vas á prestar... No te harán falta, puesto que tienes una racha de suerte loca; y además es cuestión de pocos días. A fin de mes he de recibir dinero, una cantidad muy crecida, y entonces te los devolveré.

—Amigo mío, dijo entonces Maurens, que no había interrumpido, ni siquiera con un gesto, aquel parlamento, pronunciado en verdad de un tirón, desde luego te equivocas creyendo que estoy de suerte; al contrario, desde el viernes me persigue una desgracia desesperante. Ya he perdido la cuenta de lo que pierdo... ¡Una suma fantástica!.. Y no sólo en el círculo, sino que ayer, en las carreras de Auteuil, perdí trescientos lises jugando á favor de caballos que me habían sido señalados como seguros y que indudablemente hubieran ganado si yo no hubiese apostado por ellos. ¡Lo que es la mala suerte!..

—Es una racha momentánea...

—Además, continuó Alberto de Maurens, no tengo en casa la cantidad de que me hablas. Tengo todos mis fondos en casa de mi notario, cuando hay, y en cuanto á adelantarme dinero, cuando se acaba, no hay que contar; antes se ablandaría una roca.

—Sin embargo, objetó el marido de Juana, si necesitas dinero á toda costa, ¿sabrías obtenerlo?

—Tengo otra razón que me impide hacerte ese favor, declaró el joven sin contestar á la objeción. Esta razón es un principio, un principio inmanente, del cual no me desvío jamás... algo como las tablas de la Ley, y voy á decírtela francamente... ¿No me guardarás rencor? ¿No te enfadarás?

—No... di.

—Me tengo jurado no prestar jamás ni un Luis á ninguno de mis amigos.

Luciano, que acababa de prever esta contestación, palideció, sintiéndose perdido.

—Jamás, repitió Alberto de Maurens. Está uno seguro de reñir con sus amigos el día que reclama la devolución de su dinero... Por consiguiente, para reñir después, más vale reñir antes de haber perdido cantidad alguna... Así, al menos, sólo se expone uno á perder al amigo. Prefiero decírtelo francamente, añadió viendo que Luciano no contestaba y sin cuidar, en su egoísmo, de leer la consternación dolorosa y la sombría desesperación impresas en su rostro.

Tú me comprendes, ¿verdad?.. Es un principio, con el cual siempre me ha ido muy bien.

—Está bien... dijo Luciano de Favreuse con la cabeza baja.

—¿Me guardas rencor?

—No.

—Repito que es un principio... Lo siento en el alma, puedes creerme...

—Adiós.

Maurens no encontró una sola palabra para reñir á su amigo; ni siquiera se le ocurrió pedirle una explicación.

—Hasta la vista, dijo tendiendo la mano, que Luciano no vió.

«Se va incomodado—pensó al verle partir.—Peor para él... Después de todo, hubiéramos acabado por reñir... No se hubiera atrevido á presentarse hasta haberme devuelto ese dinero... y la cosa hubiera ido para largo... Mientras que así no queda ningún recuerdo doloroso y dentro de un mes no se acordará ya más de esto.»

Luego llamó á su criado.

—¡Justino!.. Dame el *Jockey*; voy á preparar mi juego para las carreras de hoy.

Luciano de Favreuse no conocía á nadie á quien acudir.

Anduvo lentamente, sin dirección, tratando en vano de encontrar un salvador.

Pensó en el notario Verdelet.

«Si yo fuese á confesárselo todo—dijo para sí.—Quizá, por Juana, consentiría...»

Pero vaciló, y finalmente no tuvo la audacia necesaria para dar aquel paso.

«Si Edmundo se encontrase todavía en Londres—pensó—le telegrafiaría. Pero de América, ¿cuándo recibiría yo la contestación? Y luego... no, exclamó en seguida con un instintivo movimiento de vergüenza. ¡Si llegase á saber!..»

Por consiguiente, ninguna solución.

De pronto se le ocurrió una idea salvadora.

«Evidentemente, es lo que debo hacer—pensó el marido de Juana.—Ir al Crédito Lyonés, hablar con uno de los administradores y confesarle lo que he hecho. Me comprenderá... Se convencerá de que no obré con mala intención... Yo no recordaba á punto fijo lo que me quedaba en depósito... y me dejé arrastrar por mi pasión... De lo contrario, yo nunca hubiera firmado aquel cheque... Hubiera cesado de jugar más pronto... Y más me hubiera valido hacerlo así, puesto que ganaba momentos antes... Más vale que le diga francamente lo que me pasa... De todos modos se había de saber á la presentación del cheque. Mientras que, adelantándome, la cosa puede arreglarse...»

En efecto, este paso, lealmente dado, era la mejor determinación posible.

Luciano se dirigió hacia el edificio del gran establecimiento financiero del bulevar de los Italianos, y á pesar de los temores de toda clase que le asaltaron al acercarse y que fueron formidables en el momento de entrar en el Banco, penetró en el patio cubierto, rodeado de ventanillos designados por letras é inscripciones.

Allí, en medio del movimiento del público; en presencia de las personas, sentadas en bancos, que esperaban el llamamiento de su número de orden, mirando, mientras tanto, las idas y venidas de la gente; en medio de los que se presentaban atareados, con fajos de títulos en la mano, y de los que preparaban sus cuentas ó recibos sobre las mesas del centro, Luciano se avergonzó, vaciló, y fué preciso que un empleado, tomándolo por alguien que no se atrevía á pedir informes, le preguntase:

—¿Qué se le ofrece?

Entonces él se puso súbitamente colorado.

—Quisiera hablar con uno de los administradores delegados, contestó al fin.

—En el primer piso, le indicó el empleado. Por allí... encontrará usted la escalera.

La dirección señalada pasaba por una especie de ancho pasillo, menos claro que el patio cubierto, pero provisto á un lado por dos ventanillas, alumbradas por lámparas de gas.

Delante de una de las ventanillas había un cobrador de Banco, que vestía uniforme distinto de los de la casa. Sin duda pertenecía á otro Banco.

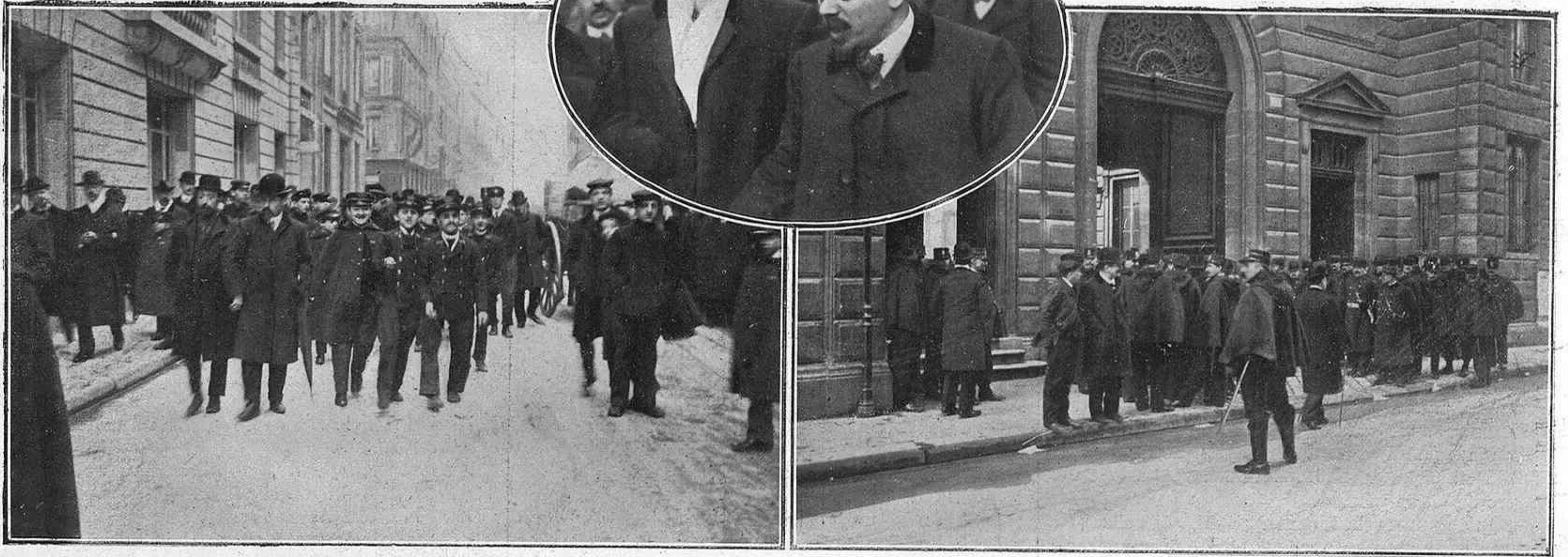
Hablaba con el empleado que, en el interior de la ventanilla, comprobaba una relación de valores que aquel hombre venía á retirar y pagar.

La cartera del cobrador se hallaba sobre la tablilla y éste apoyaba el codo en ella, útil precaución en esos vastos establecimientos financieros, donde se cuelean á menudo hábiles rateros, siempre en acecho de un golpe de mano posible.

(Se continuará.)

PARÍS.—HUELGA DE LOS EMPLEADOS
DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

PERTURBACIÓN EN EL SERVICIO
CAUSADA POR LA HUELGA Y FIN DE ÉSTA



Manifestación de los muchachos repartidores de telegramas.—M. Subiá, director de la huelga de los empleados de Correos y Telégrafos
Entrada del ministerio de Correos custodiada por la policía

La huelga de los empleados de Correos y Telégrafos de París y de otras muchas ciudades de Francia ha terminado. El gobierno, por boca del ministro del ramo y del presidente del Consejo, había hecho en las Cámaras enérgicas declaraciones y anunciado medidas que al mismo tiempo que sirvieran de represión en el caso actual, pusieran término á ese estado de indisciplina, de verdadera anarquía, en que la cuestión social se presenta en la nación francesa,

y que si produce grandes daños cuando se manifiesta en huelgas de diversos oficios, los causa inmensos, incalculables cuando la huelga afecta á servicios de tanta trascendencia como los de Correos y Telégrafos.

A pesar de esto, el gobierno ha capitulado: los huelguistas han vuelto á su trabajo, pero vencedores, sin temor á cesantías, ni á reprensiones, ni á suspensiones. «Ni siquiera—dice un periódico parisiense—habrán de tener un simulacro de represión los que,

para dar una lección á un subsecretario de Estado torpe, han injuriado á los representantes del país, amenazado al Parlamento, faltado á sus deberes, destruido los aparatos telegráficos, deteriorado el material, perjudicado en centenares de millones á nuestro comercio y á nuestra industria, suspendido durante diez días la vida nacional, aislado á Francia del resto del mundo en el momento más difícil de nuestra política exterior.»



Gran sala del correo extranjero en la Casa de Correos de París.—Sacos y paquetes de correspondencia sin expedir á consecuencia de la huelga. (De otografías de Harlingue.)



París.—Fin de la huelga de empleados de Correos y Telégrafos.—Los huelguistas dirigiéndose en manifestación á la Central de Telégrafos para reanudar el trabajo. (De fotografía de M. Branger.)

El día 21 de marzo último el ministro de Correos y Telégrafos recibió á una comisión de huelguistas que le expuso sus pretensiones, y á la cual contestó aquél en términos que daban á entender las buenas disposiciones del gobierno; unas horas después la misma comisión visitó al Sr. Clemenceau, quien le confirmó las declaraciones hechas por el Sr. Barthou y excitó á los comisionados á que volviesen al trabajo en la confianza de que el gobierno procuraría conciliar los intereses particulares de los funcionarios de Correos y Telégrafos con el interés general. En vista de esto, el comité de la huelga aconsejó la terminación de ésta; pero los huelguistas, casi por unanimidad rechazaron esa proposición.

Al día siguiente continuaron las negociaciones,

alternadas con agitadas reuniones de los huelguistas, en una de las cuales se amenazó con la huelga general en el caso de que los empleados de Correos y Telégrafos no vieran satisfechas sus reivindicaciones. Una comisión visitó nuevamente al Sr. Clemenceau y éste, aquella misma tarde, se expresó en la Cámara en tonos de transigencia que contrastaban con sus anteriores energías.

En vista de esto, los huelguistas, seguros de que el gobierno cumpliría lo que les había ofrecido, accediendo á todas sus reclamaciones, excepto una, la dimisión del subsecretario Sr. Simyán, en una reunión celebrada el día 23 en Tivoli Vauxhall acordaron casi por unanimidad la cesación de la huelga, acuerdo que una comisión comunicó oficialmente al señor

Clemenceau. Poco después, todos los empleados estaban en sus puestos.

Los de la Central de Telégrafos se reunieron en la plaza Vaubán, y en manifestación pacífica, formando larguísima fila, se encaminaron con paso solemne á aquel edificio. Llegados á él, dieron la vuelta al gran patio central en correcta formación y silenciosamente. De pronto oyóse un grito: «¡Ahora á trabajar!» Resonaron estrepitosos aplausos y cada cual se fué á su faena.

La huelga había terminado.

El comité de la misma, sin embargo, no se ha disuelto y amenaza con reanudarla, en mayores proporciones todavía, si en un plazo breve no se destituye al Sr. Simyán.—R.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa GANDES B-62-Denis, 46

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

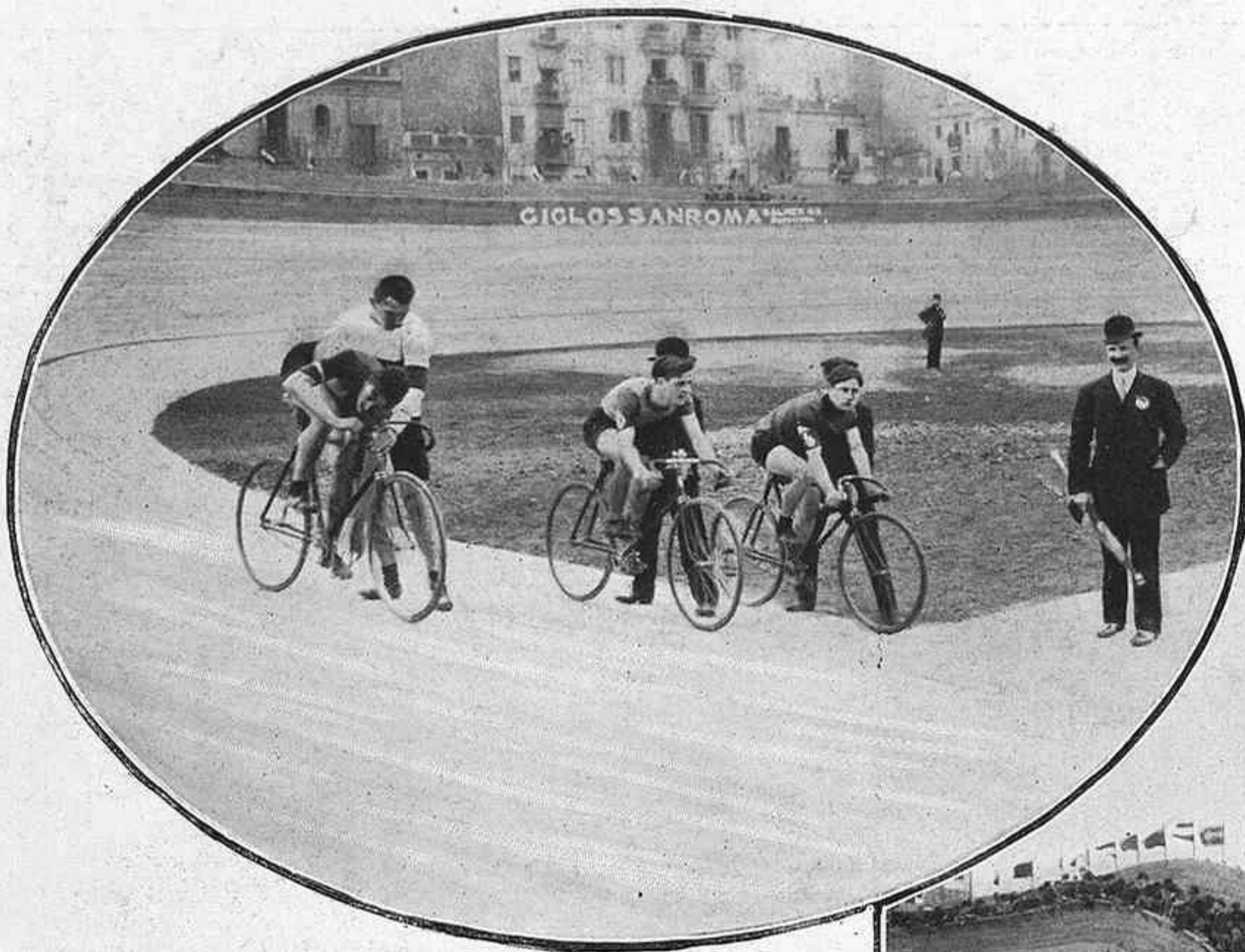
SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO y JARABE DE DUSART
al Lactofosfato de Cal
EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, asi como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

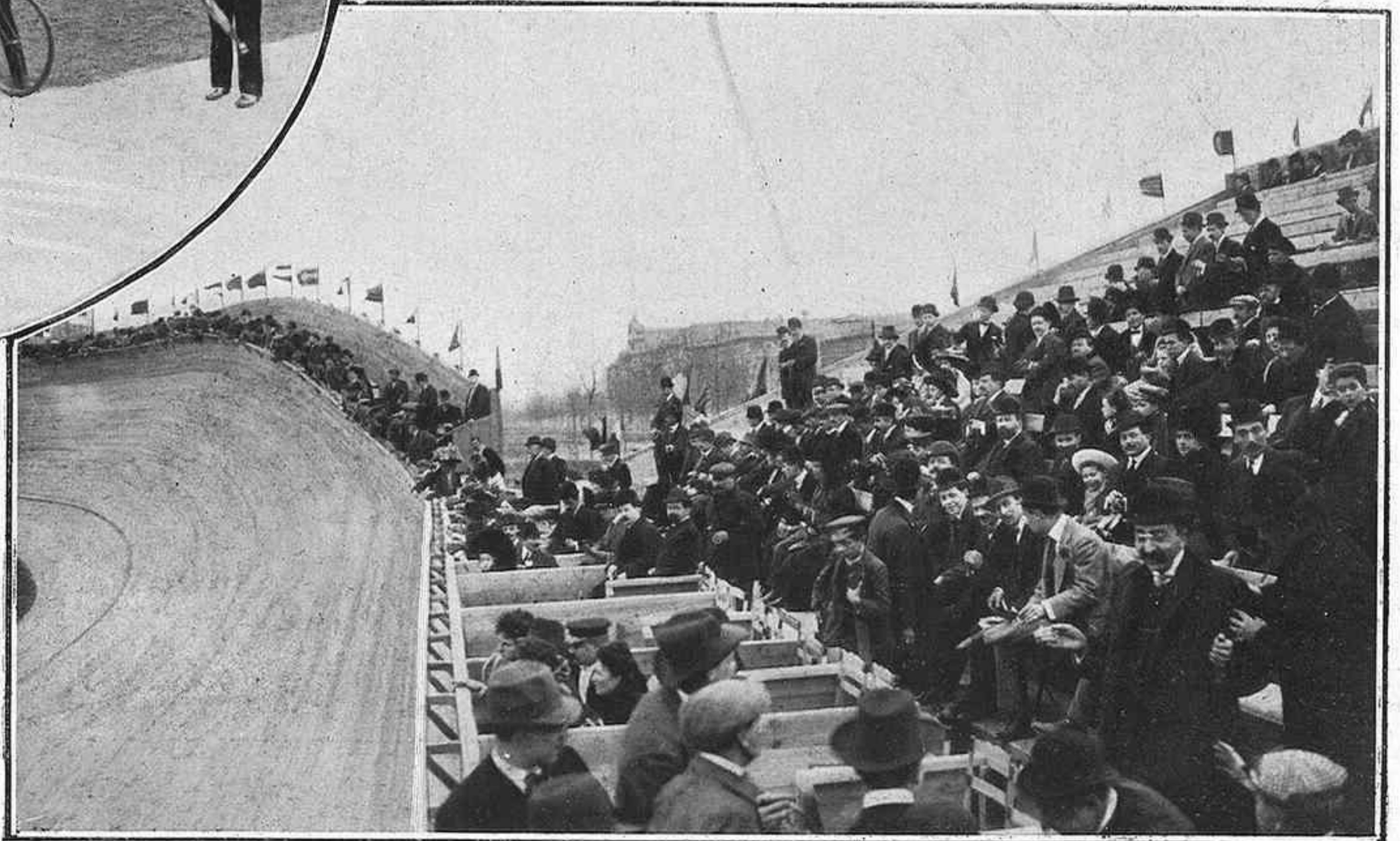
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APOIOL DE LOS JORET-HONOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS



Barcelona.—El Parque de Sports recientemente inaugurado. — Carreras de bicicletas efectuadas el día 28 de marzo último con motivo de la inauguración.

El día 28 de los corrientes inauguróse el Parque de Sports, nuevo velódromo en el ensanche de esta ciudad en la manzana comprendida entre las calles de Muntaner, Casanovas, Industria y Coello.

La pista para carreras de bicicletas es un magnífico velódromo de madera igual al Búffalo de París; tiene 280 metros y siete de ancho, altos virajes con desnivel de más de 60 por 100 que permitirán velocidades de más de 100 kilómetros por hora, y está construido con todos los perfeccionamientos de los mejores del extranjero. Hay en él dos tribunas, una de preferencia y otra popular, con cabida para 3.000 personas cada una, y además dos líneas de sitios para el público, alrededor de la pista, palcos, etc., y varias dependencias como bar, garages para automóviles, etc.



Vista de una parte de la pista y de las tribunas. (De fotografías de A. Merletti.)

Para que nadie tenga que atravesar la pista, se ha construido un pasadizo subterráneo que conduce á las cabinas, en donde están los cuartos para los corredores y las oficinas de la dirección y del jurado. Los comisarios se sitúan al lado de un poste cerca de la pista, del que penden, colgados de una cuerda, los números de los corredores que toman parte en la carrera, y en otro poste, junto al anterior, se ponen los números de los vencedores.

Junto á la tribuna hay un café al aire libre.

Para la inauguración se organizaron varias carreras, nacionales é internacionales. Tomaron parte en la nacional, entre otros, los Sres. Rubio, Fabregat, Gramona, Alric, Barnola, llegando primero Rubio, segundo Barnola y tercero Gramona.

El premio de inauguración lo corrieron once corredores formando tres series; en la primera ganaron Van Bewert, Barnola y Sanvelón; en la segunda, Comés, Dewaide y Rubio, y en la tercera Hourlier, Fabregat y Gramona, que llegaron por el mismo orden, ganando los finales, ó sea el premio de 500 pesetas, Hourlier, campeón de Francia; el de 200 Comés, campeón catalán; y el de 100 Van Bewert, belga.

Además de éstas se efectuaron otras carreras de persecución, de consolación y de motocicletas.

En todas las Farmacias del Globo.

FR. INSTRUCCIONES DEL SOBREPUESTO DEL JARABE DE LABARRE y sobre los Sacramentos de los Niños FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición
JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selme.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN